

José Luis Moreno Casas

GEOECONOMÍA ESTRATÉGICA

65 CASOS DE ESTUDIO TRANSFORMADORES
DEL ORDEN MUNDIAL

Prólogo de Daniel Lacalle
Epílogo de Judith Arnal





Geoeconomía estratégica
65 casos de estudio
transformadores del orden mundial

José Luis Moreno Casas

GEOECONOMÍA ESTRATÉGICA

65 casos de estudio transformadores
del orden mundial

Prólogo de Daniel Lacalle
Epílogo de Judith Arnal



Enero, 2026

Geoeconomía estratégica: 65 casos de estudio transformadores del orden mundial

José Luis Moreno Casas

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo las excepciones previstas por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.cedro.org).

© 2026, ESIC Editorial
Avda. de Valdenigrales, s/n
28223 Pozuelo de Alarcón (Madrid)
Tel. 91 452 41 00
www.esic.edu/editorial
@EsicEditorial

ISBN: 978-84-1192-232-6
Depósito Legal: M-450-2026

Diseño de cubierta: Zita Moreno Puig
Revisión de estilo: Yanire Guillén Rojas
Maquetación: Balloon Comunicación
Lectura: Balloon Comunicación
Impresión: Gráficas Dehon

Una publicación de



Impreso en España - *Printed in Spain*

Este libro ha sido impreso con tinta ecológica y papel sostenible.

A Marián y a nuestros hijos, Inés, Marián y Gonzalo,
nuestro mejor proyecto de vida compartida.

ÍNDICE

PRÓLOGO.....	13
PRESENTACIÓN.....	17
INTRODUCCIÓN	19
PARTE I. GEOECONOMÍA DE ACTUALIDAD.....	35
1. INTRODUCCIÓN A LA GEOECONOMÍA	37
1.1. La importancia y los recientes cambios en el comercio mundial	40
1.2. Un enfrentamiento por el liderazgo tecnológico basado en la desconfianza creciente en las cadenas de suministro	43
1.3. Las finanzas globales puestas en duda	45
1.4. El desafío de gestionar la interdependencia en el marco de la globalización	47
1.5. El nexo entre la economía y la seguridad: la seguridad económica	48
PARTE II. HERRAMIENTAS ECONÓMICAS DE LA GEOECONOMÍA.....	61
2. LA GESTIÓN DE LA ESCASEZ DE LOS RECURSOS NATURALES.....	63
2.1. Europa necesita más litio: de la dependencia de Rusia a la dependencia de China... y Rusia	67
2.2. Pakistán e India en una guerra permanente por el agua.....	69
2.3. Inexplicables limitaciones legales y políticas para utilizar el uranio español	73
2.4. El triple apagón reputacional de la energía renovable.....	77
2.5. Comprar oro como un refugio seguro frente al futuro	81
2.6. La demanda de oro se dispara con la represión financiera.....	84

2.7. El fin del acero británico	86
2.8. Titanio ruso para Europa	90
2.9. Fosfato, el trofeo del Sáhara	94
3. INFRAESTRUCTURAS Y CONECTIVIDAD	99
3.1. El estrecho de Ormuz. Irán militariza el corazón del comercio global.....	105
3.2. El inevitable y creciente dominio comercial y militar de China en el Indo-Pacífico Central	107
3.3. Nuevas rutas: Chimérica acaba en Groenlandia	112
3.4. Los acuerdos comerciales con Gibraltar sobre el Estrecho	116
3.5. Laos, un mero puente regional de China.....	121
3.6. Lucha geoeconómica en el paraíso de Maldivas	122
4. LOS FLUJOS COMERCIALES Y FINANCIEROS.....	125
4.1. Draghi y la competitividad en Europa: haremos lo que sea necesario... de nuevo.....	131
4.2. India se abraza a Putin y a Xi Jinping	134
4.3. Venezuela, un narcoestado acorralado	138
4.4. Aranceles suicidas para un sobreproteccionismo europeo fracasado	144
4.5. Las sanciones de Estados Unidos delatan la alianza de China con Rusia e Irán en la guerra de drones.....	146
4.6. Elon Musk ya tiene su motosierra	149
4.7. Aranceles, un disparo en el propio pie	152
4.8. Las sanciones a Rusia, éxito o fracaso	156
4.9. Mercosur, el clavo ardiendo para la decadente Europa	160
4.10. El renacimiento comercial de Indonesia	164
4.11. La geoeconomía, pieza clave de la derrota de Irán	168
4.12. Canadá se muda a Europa	172
4.13. El fracaso del boicot chino a productos de Corea del Sur	175
4.14. La coartada antisemita, un pretexto para debilitar nuestra seguridad.....	176
5. LOS SECRETOS DE LA TECNOLOGÍA Y DE LA INNOVACIÓN.....	181
5.1. La guerra tecnológica se libra desde California	183
5.2. La economía cuántica ya es una realidad.....	188
5.3. Stargate II: la carrera por la superinteligencia artificial general.....	191

5.4.	Burbuja inteligente o artificial	195
5.5.	Los lazos con Huawei comprometen el acceso a la inteligencia antiterrorista	198
5.6.	La peligrosa revolución de los robotaxis.....	202
5.7.	Un decrecimiento insostenible, el harakiri normativo a los centros de datos.....	206
5.8.	La tregua geoestratégica y la alianza coreana.....	211
6.	INSTITUCIONES Y GOBERNANZA ECONÓMICA GLOBAL.....	215
6.1.	OIMed: China exporta la inseguridad jurídica y la injerencia gubernamental.....	217
6.2.	El poder oculto del Vaticano	220
7.	PODER MONETARIO	223
7.1.	La tormenta perfecta de la burbuja cripto y el futuro de las monedas digitales.....	225
7.2.	Stablecoins, otra oportunidad perdida para Europa	227
8.	DEMOGRAFÍA, FLUJOS MIGRATORIOS Y CAPITAL HUMANO	231
8.1.	Silicon Valley, de cuna del transistor de silicio a motor de la innovación tecnológica del mundo.....	233
8.2.	El terremoto demográfico de Japón	235
8.3.	Inmigración: es la economía, estúpido	236
8.4.	Levantamiento del velo de la impunidad.....	238
8.5.	De pateras al negocio de Cayucos S. A.	239
8.6.	Turismo: ¿derecho o lujo?.....	240
8.7.	La epidemia del fentanilo	242
8.8.	Aranceles al talento o lucha contra el fraude	243
9.	SEGURIDAD ECONÓMICA	245
9.1.	Defendernos o morir. La oportunidad del Plan Rarm	247
9.2.	Apagón informático del dinero digital CBDC	250
9.3.	El sustituto de Merkel para liderar Europa	253
9.4.	Argentina, no llores más y vení acá	255
9.5.	Turquía: ¿ángel o demonio para la defensa europea?.....	258
9.6.	Nueva revolución americana: de Harris a Vance	261
9.7.	Vivir en la Europa del metaverso de espaldas a la realidad	263
9.8.	El renacimiento de Europa	265

9.9. El canario en la mina de Normandía es un elefante en la habitación	266
PARTE III. LIDERAZGO, PODER Y ESTRATEGIA EN TIEMPOS DE INCERTIDUMBRE	269
10. NARRATIVAS Y RELACIONES INTERNACIONALES.....	271
10.1. Estrategias a largo plazo: los cuatro tipos de poder.....	278
10.2. El poder blando.....	279
10.3. El poder duro.....	284
10.4. El poder inteligente	287
10.5. El poder agudo.....	290
CONCLUSIONES.....	293
EPÍLOGO	297
CASOS DE ESTUDIO ORDENADOS POR CONTINENTES	303
BIBLIOGRAFÍA.....	305

PRÓLOGO

TODO ES GEOPOLÍTICA

Daniel Lacalle

El gran peligro para la economía y la estabilidad mundial no es lo que hoy se denomina *polarización*, sino ese consenso estatista que parecía imponerse desde 2008. Como decía Margaret Thatcher, el consenso es la degeneración del acuerdo. Es decir, ese consenso por el que se imponen políticas que no se adecuan a ninguno de los líderes, pero que tampoco los incomodan ni generan rechazo, una molestia aceptada porque la pagan los demás y, por lo tanto, dañina. Desde cumbres multinacionales donde los líderes buscaban perpetuar su poder a cualquier costa, se han impuesto políticas e ideas peligrosas y con efectos profundos en la productividad, el desarrollo y el bienestar económicos, cuyo único beneficio era cimentar el poder de los gobernantes que las firmaban.

Desde hace años, muchos hemos visto con tristeza cómo numerosas instituciones internacionales pasaban de la defensa del libre mercado y la libre empresa a ser un altavoz de las ideas más intervencionistas, del estatismo más dañino y blanqueador de gobiernos autoritarios, expandiendo los conceptos destructivos del inflacionismo, el socialismo y el *wokismo*, que es la imposición de un pensamiento único y excluyente.

Efectivamente, vivimos en un mundo más polarizado, pero más genuino. Más realista. Estados Unidos y China lideran la geopolítica, y los grandes cambios globales vienen de la mano de la energía, la tecnología y la innovación monetaria.

En mi libro *El nuevo orden económico mundial* explico que el petróleo ha dejado de ser un arma geopolítica, la revolución tecnológica se acelera

con las inteligencias artificiales y el exceso monetario y fiscal de las últimas décadas lleva a que aparezcan alternativas descentralizadas.

Cuando José Luis Moreno me propuso escribir el prólogo de este libro, lo primero que pensé fue que llegaba en el momento justo. Pocas veces la economía y la geopolítica habían estado tan entrelazadas, tan expuestas a los mismos riesgos y tan necesitadas de una mirada común y un análisis riguroso. En los últimos años he insistido en que el mundo no atraviesa solo una crisis económica o institucional: vivimos una transformación profunda del equilibrio de poder. Entender esa transformación —sin eslóganes ni prejuicios— es precisamente lo que este libro consigue con brillantez.

Goeconomía estratégica aborda la nueva realidad global como hay que hacerlo: con los hechos. El libro detalla más de sesenta y cinco casos reales de estudio en los que la política, la energía, el comercio y las finanzas se entrelazan para configurar un nuevo mapa del poder mundial. La goeconomía no es un mero concepto académico: es la descripción más precisa de cómo las naciones compiten, influyen y condicionan económicamente.

Como expliqué en *El nuevo orden económico mundial*, estamos asistiendo al final de una era marcada por el intervencionismo desmedido y el exceso de confianza en la política fiscal y monetaria como motor de crecimiento. Los gobiernos han intentado sustituir la productividad por gasto público, la innovación por subvención y la competencia por regulación. El resultado ha sido una economía global más frágil, más endeudada y dependiente de decisiones políticas erróneas.

En este nuevo escenario, la goeconomía es clave para comprender lo que de verdad está en juego: el acceso a los recursos, la supremacía tecnológica, la seguridad energética y el dominio de las cadenas de suministro. Estados Unidos, China y Europa están redefiniendo sus estrategias no solo en función de su capacidad militar y financiera, sino también de su capacidad para atraer capital, talento y energía. En esa competencia, los países que mantengan instituciones sólidas e independientes, respeto a la propiedad privada y marcos estables de inversión serán los que lideren el crecimiento futuro.

José Luis Moreno lo explica con claridad: la globalización no ha desaparecido, se ha transformado. El comercio, las finanzas y la tecnología siguen conectando el mundo, pero ahora lo hacen bajo un nuevo paradigma: el de la desconfianza estratégica. Los países ya no se preguntan solo cuánto pueden comerciar entre sí, sino hasta qué punto pueden depender unos de otros sin poner en riesgo su seguridad o su prosperidad.

El libro recorre las grandes palancas de este cambio —desde la energía hasta el poder monetario— y las traduce en claves comprensibles para

cualquier lector interesado en entender por qué el precio del gas, una decisión de la Reserva Federal o una restricción tecnológica pueden alterar el equilibrio global. No se trata solo de macroeconomía, sino de algo mucho más cotidiano, como es entender que la competencia por la influencia económica condiciona nuestra vida diaria, desde la inflación hasta el empleo.

Este manual de geoeconomía destaca por su rigor y actualidad. Su valor reside no solo en la amplitud de los temas que aborda —energía, demografía, tecnología, finanzas, gobernanza, seguridad—, sino también en la claridad con la que los conecta. *Geoeconomía estratégica* no se queda en la descripción. Este libro nos muestra cómo cada decisión política y económica repercute en el tablero global y cómo cada país elige entre la apertura o el aislamiento, la reforma o el declive.

En tiempos en los que la política parece obsesionada con lo inmediato, este libro invita a pensar en el largo plazo, a recuperar la estrategia, a entender que los países no compiten solo por su tamaño, sino por su capacidad de adaptarse y de atraer confianza. La economía, al final, es siempre una cuestión de credibilidad.

A José Luis Moreno le mueve una convicción que comparto plenamente: la libertad económica y la cooperación basada en reglas sencillas son el mejor camino hacia la prosperidad. Cuando esas reglas se distorsionan por intereses ideológicos, todos perdemos. Por eso este libro es tan necesario, porque recuerda que sin seguridad económica no hay libertad política, y sin libertad no hay progreso duradero.

Vivimos una época en la que los titulares cambian cada hora, pero las tendencias de largo plazo son las mismas: tecnología, demografía y energía. Este libro ayuda a entenderlas, nos explica cómo se mueven las piezas del tablero global y, sobre todo, ayuda a reconocer que la economía sigue siendo el instrumento más poderoso de la estrategia.

Celebro que un economista de la solvencia y la visión de José Luis Moreno haya decidido reunir en estas páginas una guía completa, entretenida y rigurosa sobre el presente y el futuro del orden económico mundial. Comprender la geoeconomía y actuar en consecuencia ya no es opcional: es la condición para tener países libres y prósperos.

Daniel Lacalle es doctor en Economía, profesor de economía global, gestor de fondos y autor de *El nuevo orden económico mundial* y otros.

PRESENTACIÓN

UN GENIO AL QUE SE LE ENTIENDE

Eduardo Inda

Durante algo más de un año y medio, José Luis Moreno ha dejado su impronta en *OKDIARIO* a través de una columna semanal, con genial acierto geopolítico.

Las repercusiones económicas de las distintas guerras, las nuevas alianzas estratégicas de un mundo multipolar y el imparable avance de la inteligencia artificial han reconfigurado el mundo en el que vivimos de una manera voraz, fagocitando empresas y sectores sin piedad.

José Luis repasa los cambios tecnológicos y su implementación en la vida cotidiana de una manera didáctica, pasando del algoritmo al suelo que pisamos con una facilidad increíble. Unos algoritmos que terminan explicando el auge en bolsa de las grandes tecnológicas, la imposibilidad de sustituir a día de hoy a Nvidia, la superioridad estratégica de Israel en el apartado de defensa y, por desgracia, la falta de una idea clara del futuro al que se quiere acercar España.

Una España que puede ser puntera en centros de datos, en la búsqueda de tierras raras, y que puede liderar el devenir de las telecomunicaciones en Europa, pero que tiene que dar los pasos adecuados en los próximos años, y la injerencia política en estos sectores está jugando un papel lamentable en la dirección contraria. A mayor control interno, menores posibilidades nos auguran en Bruselas a la hora de crear un gran campeón tecnológico o de la industria de la defensa.

Un año y medio en el que el mundo ha virado de forma irremediable, obligándonos a adaptarnos, y en el que las subidas soterradas de impuestos

y la manipulación de los datos oficiales (y sus estadísticas) no permiten que vislumbremos con claridad dónde está España.

Un año y medio de prensa libre en el que la pluma de José Luis nos ha permitido acercarnos a la geopolítica global desde el más acertado punto geoeconómico de partida.

Y que estas páginas, con algunas de sus columnas publicadas en *OKDIARIO*, vean ahora la luz es para el propio diario y para quien escribe un motivo de orgullo.

Eduardo Inda. Licenciado en Ciencias de la Información. Fundador y director de *OKDIARIO*.

INTRODUCCIÓN

EL INTERÉS POR LO COTIDIANO

El punto de partida de esta publicación es el interés creciente por la geoeconomía en un nuevo irreconocible desorden mundial lleno de tensiones geopolíticas, así como por el conocimiento de sus instrumentos para influir en la dinámica económica global. Se trata de un interés por conocer, entender e interpretar lo que ocurre en el mundo que nos rodea y cómo va a afectar a nuestro modo de vida occidental, aquel orden liberal que construimos durante décadas y que creíamos destinado a perdurar para siempre y que está desapareciendo delante de nuestros propios ojos.

El filósofo y escritor madrileño José Ortega y Gasset, nacido en 1883, publicó en 1957 *El hombre y la gente*, una obra en la que reflexiona sobre la falta de autoconciencia colectiva. En ella aparece una cita muy relacionada con lo que abordaremos en este libro: «No sabemos lo que nos pasa y eso es precisamente lo que nos pasa». Y es que estamos en un cambio de era y no solo en una era de cambio.

Hoy vivimos una realidad cotidiana marcada por la incertidumbre, las turbulencias, la inestabilidad y la imprevisibilidad. Nos encontramos en un mundo global en el que el populismo se entrelaza con una polarización paralizante y con la mentira —o la posverdad—. En muchos países de nuestro entorno, la sana competencia de ideas se ha transformado en una polarización extrema que debilita la democracia. Las democracias no son débiles, son frágiles porque dependen de equilibrios delicados en el marco de unas reglas de juego que han de ser respetadas por todos sus integrantes, por todos.

La polarización extrema imposibilita el diálogo plural entre grupos políticos rivales y la tolerancia y, con ello, anula la posibilidad de alcanzar acuerdos y compromisos a largo plazo para alcanzar el bien común, que son los verdaderos pilares de una democracia sana y sólida. Estas diferencias se

manifiestan en aspectos clave que inciden directamente en la geoeconomía, como la gestión de los flujos migratorios, las políticas de natalidad, las políticas de vivienda asequible, la lucha contra la pobreza, la formación del talento, las políticas energéticas, la gobernanza de la inteligencia artificial, la extracción de minerales o la gestión del agua, entre otros.

Como señala el intelectual venezolano Moisés Naím, quien fue director del Banco Central de Venezuela y director ejecutivo del Banco Mundial, en su obra *Lo que nos está pasando: 121 ideas para escudriñar el siglo XXI*, cuando al populismo y a la polarización se suma la posverdad —que desdibuja la línea entre la verdad y la mentira—, la principal arma de la ciudadanía para defenderse de las aspiraciones continuistas se ve erosionada, pues los populistas buscan perpetuarse en el poder. El populismo transforma la democracia en mercadotecnia para alcanzar el poder, y un ejemplo muy reciente lo tenemos en el 111 alcalde de Nueva York, un joven de 33 años nacido en Uganda que adoptó la nacionalidad americana en 2018 y se alzó en noviembre de 2025 con la máxima representación de su ciudad con un repertorio de propuestas populistas de elevado coste público totalmente ajenas a las competencias municipales, como tráfico, seguridad y mantenimiento de servicios públicos. Ojalá el sueño americano no se transforme en una pesadilla de los que piensan distinto.

Participamos, lo queramos o no, en una nueva realidad marcada por la creciente falta de respeto de las normas internacionales, el abandono del multilateralismo, el resurgimiento del proteccionismo, la polarización, el debilitamiento visible de la alianza occidental y una tensión geopolítica con varios frentes abiertos. Todo ello ocurre en un contexto de auge del populismo, de la polarización política y de un malestar social creciente que cuestiona la tradicional arquitectura institucional internacional. Se pone en duda incluso la posibilidad de una convivencia global basada en acuerdos internacionales, normas y reglas transparentes que, hasta ahora, habían permitido incrementar el bienestar de la sociedad. No parece un mundo ideal aquel en el que las autocracias se imponen a los países libres mientras abusan de sus propios ciudadanos sin interferencia alguna de las naciones democráticas de occidente.

Estamos observando, en paralelo, un resurgimiento de la estrategia económica de los Estados en un mundo donde la interdependencia representa tanto una oportunidad como una fuente de vulnerabilidad. Lo comprobamos personalmente entre los años 2020 y 2022, durante la crisis de la pandemia del COVID, cuando resultó muy difícil acceder a productos sanitarios básicos —como las mascarillas— y a otros más complejos, como los respiradores.

Como veremos en las siguientes páginas, la geoeconomía seguirá afectándonos en lo cotidiano: a nuestros ahorros —con la inflación o la escalada del precio de la cesta de la compra—, a nuestras inversiones —con la subida

del oro, del bitcoin o del bloqueo de acciones cotizadas en la bolsa de valores MOEX de Moscú—, a nuestras aficiones —con la dificultad de recibir paquetes de comercio electrónico procedentes de otros países debido a las restricciones arancelarias— o a nuestras preocupaciones medioambientales —con los potentes medios aéreos apagafuegos de fabricación rusa que han quedado en tierra tras la invasión de Ucrania, al no ser posible su mantenimiento por efecto del embargo—. Y hablando de Ucrania también, la arcilla ucraniana fue durante décadas la materia prima estrella del clúster cerámico español, el 70 % de las arcillas blancas que llegaban a Castellón venían de minas del Donbás, y su encarecimiento, más de un 100 % entre los años 2022 y 2023, elevaron los costes de transporte y energía para toda la cadena.

Google Trends ha registrado un crecimiento exponencial en las búsquedas del término *geoeconomía*. Desde la invasión de Ucrania el 24 de febrero de 2022 —cuando cerca de 175.000 soldados rusos que inicialmente se encontraban en la frontera para unas supuestas maniobras cruzaron hacia territorio ucraniano—, el interés por este concepto se disparó. Apenas unos días antes, el 16 de febrero, tras una reunión con el presidente brasileño Jair Bolsonaro, Vladímir Putin había reiterado el respeto a los Acuerdos de Minsk firmados en 2014 y 2015 y denunciado la supuesta histeria de Occidente ante el movimiento de tropas rusas dentro de su propio territorio, insistiendo en que no habría guerra. Las principales cancillerías de Europa tenían toda la información sobre lo que estaba planificando el ejército de Putin, pero les faltó interpretar con la imaginación imperialista rusa lo que iba a ocurrir solo unos días después.

Geoconomía estratégica es una publicación que ha sido posible gracias a muchas personas e instituciones con las que me he relacionado a lo largo de años de actividad profesional.

Quiero comenzar agradeciendo a la Embajada de los Estados Unidos en Madrid la oportunidad de participar en el programa de visitantes «Programa de estudio de las elecciones» en 1996, organizado por la ACYPL (American Council of Young Political Leaders), que desde 1966 colabora con el Departamento de Estado para dar a conocer el funcionamiento de la democracia estadounidense a líderes de todo el mundo.

La ACYPL cuenta con 9.200 antiguos alumnos procedentes de 137 países, entre los cuales se incluyen 33 congresistas y senadores, así como líderes políticos mundiales como el actual primer ministro de la India, Narendra Modi, quien participó en 1993, o el ex primer ministro de Albania, Pandeli Majko, en el año 1998, apenas dos años después de que compartiéramos amistad y programa en Washington, Ohio y Nueva York.

Durante mi estancia en Ohio conocimos a su secretario de Estado, Bob Taft, quien más tarde sería el 67.º gobernador de Ohio durante ocho años. Lo

ocurrido en ese estado, junto con el resto del Medio Oeste —conocido como el Cinturón de Óxido—, marcado por una recesión y un declive industrial desde los años setenta, con el cierre de fábricas y la pérdida del 20 % del empleo industrial, es analizado en uno de los casos de estudio que aquí se presentan. Bob Taft nos adelantó algunas claves de lo sucedido con la industria durante la cena celebrada en su casa. Años después comprendí que yo mismo había sido parte del *soft power* que supone el intercambio cultural, un potente instrumento económico de la geoeconomía de Estados Unidos.

También quiero expresar mi agradecimiento a la Fundación Rafael del Pino y a su director, Vicente Montes, por haberme propuesto para participar en numerosos encuentros, tanto en la Universidad de Oxford como en la de Harvard y en su sede en Madrid, con el fin de analizar lo que está ocurriendo en el mundo actual y reflexionar sobre su impacto junto a interlocutores de primer nivel y excelentes compañeros de programa. Algunos de ellos gozan de gran renombre público, como Manuel Muñiz, *provost* de la IE University, o el exministro Josep Borrell, protagonista directo de las grandes transformaciones geoestratégicas de Europa en su calidad de alto representante de la Unión Europea para Asuntos Exteriores y Política de Seguridad.

Quiero destacar, además, los encuentros clarificadores en Madrid con el Premio Nobel de Economía de 2008, Paul Krugman —doctor en Economía por el MIT—, y con el columnista Moisés Naím, así como la conferencia del historiador Niall Ferguson durante un seminario en la Universidad de Harvard sobre economía de la conducta, que contó con la participación magistral del profesor Cass Sunstein.

También han sido clave en la configuración de mi percepción sobre estas materias las reuniones y conversaciones que he mantenido como gestor público, tanto en la Comunidad de Madrid como en el Ayuntamiento de Madrid, con los siempre brillantes y activos diplomáticos y embajadores en España de países como Estados Unidos, China, India, Catar, Reino Unido, Alemania, Francia, Singapur, Australia, Brasil, Finlandia, Suecia, Dinamarca y Noruega, entre otros.

No olvido la experiencia profesional que desarrollé durante el año 2015 en la Ciudad del Vaticano de la mano de EY, firma que dirige en España Federico Linares al que siempre he agradecido su apoyo profesional y su gran visión empresarial. Durante varias semanas, desde mi posición de director general de Política Financiera y Tesorería de la Comunidad de Madrid, participé como experto en un proyecto de modernización administrativa del *Governatorato*, lo que incluso me permitió hospedarme en la *Domus Sanctae Marthae*, la que fue residencia del Papa Francisco, cardenales y visitantes de todo el mundo. Recuerdo su comedor, una verdadera réplica del crisol del mundo, que constituye una gran muestra visual del valor y de la eficacia de la diplomacia vaticana y de su influencia

moral: la estela de la nueva *Ostpolitik* como expresión del *soft power* en todo el mundo, tal como veremos en uno de los casos de estudio incluidos en esta obra. Construir puentes, en lugar de levantar muros. El problema de la polaridad no puede resolverse desde el mismo nivel de consciencia en el que se ha creado.

Estoy muy agradecido a mi buen amigo desde hace muchos años el Dr. Ignacio Cosidó, que ha sido parlamentario y director general de la Policía, hoy director del Centro para el Bien Común Global en la Universidad Francisco de Vitoria. Hace décadas me enseñó a valorar la importancia de la geoestrategia en las decisiones de la política internacional, un conocimiento que ha sabido transmitir a través de numerosas actividades, encuentros y publicaciones del Grupo de Estudios Estratégicos.

Gracias también al Colegio de Economistas de Madrid (CEMAD) del que formo parte, y a su decana, Amalia Pérez Zabaleta, por propiciar fructíferos encuentros con la geopolítica de fondo, la mayoría bajo la regla de Chatham House, vigente desde 1927, que impide identificar externamente a los asistentes o atribuir de manera concreta el origen de las opiniones. Como decía un buen amigo, tras este tipo de encuentros entre personas muy capaces y de diferentes sensibilidades, lo más interesante no puede contarse en muchas ocasiones, y lo que se puede contar carece del más mínimo interés.

Agradezco al gran periodista José de la Morena su amistad y todo su apoyo en las diferentes etapas profesionales en las que hemos colaborado —Radio Intereconomía, Capital Radio, Ayuntamiento de Madrid, Negocios TV y OKDIARIO—. Muchas de las reflexiones sobre el impacto de la geoeconomía recogidas en *Geoeconomía estratégica* han surgido de nuestras numerosas conversaciones y animados debates.

Gracias también a dos grandes profesionales de la comunicación, Rafa Jiménez, en Intereconomía, y Federico Quevedo, en Capital Radio, cuya amistad y buen hacer me ayudan a crecer profesionalmente cada semana.

Finalmente, quiero agradecer especialmente a los doctores en economía y prestigiosos economistas Daniel Lacalle y Judith Arnal su apoyo y amistad, que se concretan en los generosos textos que incorpora *Geoeconomía estratégica*: un prólogo de Daniel y un epílogo de Judith. Reitero mi agradecimiento por su amistad y por todo lo que he aprendido de sus escritos en esta y otras materias económicas. Ese aprendizaje ha sido posible tanto a través de la lectura de sus exitosas publicaciones como de las numerosas y animadas conversaciones de análisis y reflexión que hemos compartido sobre la marcha de la economía mundial desde que nos conocimos.

Conocí a Daniel en Londres, donde ambos residíamos. Mi mujer trabajaba entonces en la Autoridad Bancaria Europea (EBA) en Londres y me envió un magnífico artículo sobre los inversores, que eran mi gran desvelo

como director general de Política Financiera y CFO de la Comunidad de Madrid, puesto para el que había sido nombrado por la presidenta Esperanza Aguirre, solo unos meses antes, procedente del sector privado, de la consultora KPMG Europe Llp, firma de la que era socio *equity*.

En marzo del año 2013, Daniel Lacalle había publicado en *El Confidencial* un excelente artículo titulado «El mercado no ataca, se defiende». En ese texto, brillante y premonitorio, hablaba de la necesidad de proteger el dinero, preservando el capital, frente a una política global de «represión financiera».

Este término económico, que los economistas Carmen Reinhart y Ken Rogoff emplean con frecuencia, se refiere a las políticas de subida de impuestos, devaluaciones forzosas y rebajas de los tipos de interés destinadas a sostener el gasto público y la deuda de gobiernos y de entidades vinculadas a ellos, como bancos o grandes empresas. Son políticas que, en la práctica, meten la mano en el bolsillo del ahorrador para financiar al endeudado. Y el inversor se defiende.

También recordaba que la prensa solía olvidar, al hablar del «malvado mercado», que los inversores se juegan no solo el dinero de sus clientes, sino también el propio y, con él, su prestigio. Apostar por algo que se sabe incorrecto de antemano es una insensatez, máxime cuando cualquier inversión implica ya de por sí un riesgo y está sujeta a la volatilidad inherente al mercado.

Tras leer el artículo, contactamos con Daniel a través de la red social LinkedIn y nos reunimos en las oficinas de la firma de gestión de activos Ecofin, en la calle Buckingham, donde mantuvimos una conversación muy interesante. Allí comenzó nuestra amistad, que desde entonces se ha extendido también a nuestras familias. Con el tiempo descubrimos, además, que nuestros padres, Daniel y José Luis, habían sido compañeros de clase en la exigente carrera de Ingeniería Aeronáutica muchas décadas atrás.

Conocí a Judith en uno de los numerosos encuentros con inversores celebrados en 2014 en Fráncfort, organizado por el banco HSBC. Ambos defendíamos, en reuniones maratónicas, los fundamentos financieros y las medidas aplicadas por el Reino de España y por la Comunidad de Madrid ante unos inversores internacionales ávidos de información sobre lo que estaba ocurriendo en el sur de Europa.

Desde entonces hemos compartido numerosas actividades, debates y tertulias económicas en distintos medios de comunicación, y siempre es un lujo escuchar las sólidas explicaciones, razonamientos y análisis de una gran experta en economía como lo es Judith.

La crisis económica y financiera iniciada en 2009 fue muy intensa e inolvidable, un periodo difícil para nuestra economía del que no todos los ges-

tores públicos han extraído el debido aprendizaje. Como afirmó el filósofo español George Santayana, «aquellos que no pueden recordar el pasado están condenados a repetirlo».

Hoy la geoeconomía está de plena actualidad. Es un área de conocimiento interdisciplinar que integra factores de carácter geopolítico, de inteligencia estratégica, de relaciones internacionales, de prospectiva y de macroeconomía.

Antes de la utilización de este término, se empleaba el concepto de estrategia económica estatal (*economic statecraft*), entendido como una política pública basada en el uso de herramientas económicas —como el comercio, las sanciones o las inversiones— para alcanzar objetivos de política exterior o estratégicos, incluida la generación de dependencia de otros Estados.

Su objetivo principal consiste en proporcionar a los gobiernos herramientas económicas para promover y defender los intereses nacionales, fortaleciendo tanto la cohesión territorial de la nación como el bienestar de la sociedad en su conjunto. Es un instrumento que ayuda a los responsables del diseño de políticas públicas en la toma de decisiones estratégicas de carácter económico y político.

Además, la geoeconomía demuestra un gran potencial para agregar valor al análisis de quienes toman decisiones públicas relacionadas con la seguridad nacional e internacional, en particular al generar mejores escenarios que favorezcan la estabilidad socioeconómica.

En el nuevo orden económico mundial, el liderazgo ideológico, militar, financiero, monetario, comercial, tecnológico y energético enfrenta hoy a dos bloques antagónicos claros: China y Estados Unidos, que compiten por la supremacía global, ambos con el capitalismo como base de su crecimiento.

No olvidemos que orden mundial para Confucio (551-479 a. C.) implica armonía y una jerarquía universal y no un equilibrio entre Estados. China debe ocupar ese papel central moral y civilizatorio responsable de irradiar virtud y estabilidad, al que deben subordinarse las otras naciones. Xi Jinping lo integra en el «sueño chino» y los «valores socialistas» promoviendo un orden mundial «multipolar» con China como líder moral.

Por su parte, en Europa hemos dejado de escribir la historia y ahora nos la escriben otros. Hemos perdido el protagonismo histórico que tuvimos los españoles, ingleses, franceses y alemanes durante los últimos cinco siglos. Europa se construyó sobre el compromiso de cambiar los argumentos de la fuerza por la primacía de las reglas multilaterales, el respeto a las leyes del derecho internacional y a la primacía de un mercado interno de 450 millones de consumidores. Es un momento histórico nuevo en el que Europa deberá defender sus intereses dotándose de las

herramientas geoeconómicas necesarias y desplegándolas con inteligencia en los momentos estratégicos oportunos.

De acuerdo con la teoría de la solidez de un imperio moderno o superpotencia global, basada en el cuadrilátero mágico —el diagrama de Kaldor—, Estados Unidos constituye un ejemplo perfecto de imperio dominante.

Estados Unidos domina los cuatro puntos cardinales del cuadrilátero mágico, cuatro fuerzas que aseguran el dominio global y la resiliencia: una divisa internacional, el dólar, aceptada como moneda universal, y que en 2024 representaba según el FMI el 58 % de las reservas globales de divisas; una independencia energética alcanzada en 2019 gracias al *shale oil*, que le permite ser exportador neto; un poder tecnológico en áreas disruptivas como la inteligencia artificial, los semiconductores, la biotecnología y la ciberseguridad —incluida la militar—; y un dinamismo demográfico caracterizado por una población joven y en crecimiento, con tasas de natalidad relativamente altas e inmigración selectiva y formada que impulsa la innovación.

Enfrente, y en abierta rivalidad con los Estados Unidos, se encuentra la República Popular China, una practicante disciplinada de la geoeconomía estratégica y que aparentemente lleva la delantera en algunos de sus campos.

Estados Unidos sostiene que China no ha jugado limpio en este proceso competitivo, aprovechándose de la debilidad o el descuido de Occidente. No lo hizo, por ejemplo, con el uso interesado de numerosas patentes cuyos derechos y restricciones de uso no respetó; tampoco durante la pandemia del COVID-19, iniciada en la ciudad china de Wuhan, cuando ocultó información clave durante los primeros meses de un proceso de contagio que acabaría provocando más de siete millones de muertes en todo el mundo.

Lo cierto es que, desde hace años, China ha ido configurando un ecosistema comercial y económico propio al que se han sumado numerosos países, atraídos a su órbita principalmente a través de lazos financieros y del apoyo al desarrollo y mejora de infraestructuras críticas.

Algunos analistas han definido esta transición entre polos, Estados Unidos y China, como un viaje del polo del poder al polo de la influencia.

China sabe lo que quiere y adónde quiere llegar. Periódicamente publica libros blancos, el último en 2024 bajo el título *El desarrollo internacional de China para la cooperación en una nueva era*. Los objetivos de Pekín resultan cada vez más claros para Occidente y pueden resumirse en alterar el orden mundial tradicional en su propio beneficio para aumentar su influencia como actor clave en la política global, expulsar a los Estados

Unidos del área de Asia-Pacífico y debilitar la supremacía occidental mediante el comercio y el desarrollo de nuevas tecnologías.

Sin grandes estridencias, China ha ido asegurándose un acceso privilegiado a materias primas esenciales, garantizando, por ejemplo, el suministro de hierro, acero, níquel, titanio, litio, cobre, grafito y tierras raras imprescindibles para la industria y el desarrollo tecnológico. En la actualidad domina la producción mundial de paneles solares, baterías y automóviles eléctricos.

Recientemente, con la segunda presidencia de Trump, Estados Unidos se ha reincorporado a esta pugna en la arena geoeconómica de una forma muy activa y llamativa. Además de liderar el sistema financiero más amplio del mundo, Estados Unidos se configura como el mayor productor global de crudo y gas, el gran referente en minería, energías renovables —solar y eólica—, así como en la industria de defensa, la más competitiva del planeta.

No siempre la relación fue de confrontación. Durante años existió una gran interdependencia entre ambos bloques, una suerte de imperio compartido, descrito con precisión bajo el término *Chimérica*, acuñado en 2006 por el historiador escocés Niall Ferguson en su obra *The Ascent of Money: A Financial History of the World*. Tuve la ocasión de conocerlo en persona en 2018, durante una interesante charla en la Universidad de Harvard, a la que asistí gracias a una beca de la Fundación Rafael del Pino para cursar un seminario sobre *Law and Economics* y la economía de la conducta.

Esta simbiosis, descrita como una criatura híbrida, poderosa pero inestable, semejante a la mitológica quimera, se producía porque China era uno de los mayores tenedores de bonos de deuda de los Estados Unidos, T-Notes, necesitando el dólar para sostener sus finanzas, mientras los Estados Unidos dependían de las grandes importaciones de numerosos productos chinos a través de sofisticadas cadenas de suministro. La gran interdependencia económica entre ambos países contribuyó tanto a la creación de riqueza global como a la crisis financiera de 2008.

La historia del comercio mundial parecía repetirse. Plinio el Viejo escribió en el siglo I d. C., en su *Historia natural*, que enormes sumas de oro y plata de Roma terminaban en Arabia, China y la India para adquirir bienes de lujo como sedas, perlas, especias, perfumes y gemas. Estas importaciones drenaban la riqueza del Imperio romano, dejando una balanza comercial negativa a través de las rutas del mar Rojo y del océano Índico. Las cantidades eran elevadas —unos 100 millones de sestercios anuales—, lo que reflejaba tanto el temor por el posible agotamiento de las reservas como la percepción de decadencia derivada de ostentar estos signos de riqueza entre las élites de Roma.

Volviendo a la actualidad, el enorme ahorro chino alimentó el *boom* crediticio estadounidense hasta la crisis financiera y de confianza de 2008, que provocó un desacoplamiento y un distanciamiento entre ambos países hegemónicos.

En 2025, ambos países representan el 13 % de la superficie terrestre mundial, el 25 % de la población, el 33 % del PIB global y más de la mitad del crecimiento económico en la década de 2000. Es una realidad que lo que deciden hacer Estados Unidos y China termina afectándonos en nuestra vida diaria, ya sea a través de una crisis financiera o de salud, porque la *geoconomía* y sus instrumentos económicos influyen directamente en nuestra actividad cotidiana. Con la presente publicación, *Geoconomía estratégica*, quiero mostrarlo de manera clara y amena a través de más de medio centenar de ejemplos escogidos, sencillos e impactantes, tomados del mundo real que nos rodea.

Como se suele decir, aunque no están todos los ejemplos posibles, los que aquí se presentan son una buena base para extraer enseñanzas y conclusiones. Mi objetivo, como autor y profesor, es contribuir a desarrollar un espíritu de análisis crítico que nos prepare para los cambios que se precipitarán en el mundo en los próximos meses. Y sí, digo meses. Porque hay siglos que parecen décadas y años que parecen siglos. Por desgracia, vivimos estos últimos.

Comencemos con algunos ejemplos sencillos, cercanos en el espacio y en el tiempo, casos con un impacto directo sobre nuestra forma de vida actual.

Hablemos de la degradación de nuestro privilegiado entorno medioambiental, nuestra casa común y los numerosos incendios que asolaron España durante el mes de agosto de 2025. Ese verano será recordado por una trágica oleada de incendios explosivos que causaron varias víctimas mortales, además de grandes pérdidas económicas y medioambientales. La superficie quemada osciló entre 338.400 y 350.000 hectáreas, especialmente en Ourense, Zamora y León.

En este contexto, los servicios de extinción de incendios de varias comunidades autónomas echaron en falta uno de sus mejores aliados de años anteriores: los ocho helicópteros de origen ruso Ka-32 11BC, conocidos como las «bestias apagafuegos». Estas aeronaves, que solían desplegarse cada verano desde las bases de Extremadura, Andalucía y Aragón, eran capaces de lanzar en segundos más de 5.000 litros de agua sobre un incendio.

Explico brevemente las razones, que veremos que están originadas por la *geoconomía*. En 2024 los helicópteros Kamov se ausentaron de los grandes incendios debido a los problemas técnicos y burocráticos derivados de las sanciones impuestas por la Unión Europea a la empresa rusa

fabricante de estas aeronaves. Sin técnicos rusos que pudieran repararlos y sin suministro de piezas de repuesto, estos aparatos, cruciales en la lucha contra el fuego, quedaron paralizados en tierra o bien operando en otros países.

Los problemas comenzaron con la invasión rusa de Ucrania en 2022, cuando se impusieron las primeras sanciones contra Rusia. El fabricante Kamov las sufrió de manera indirecta, aunque lo suficiente para dificultar burocráticamente su operatividad en España. La Agencia Estatal de Seguridad Aérea expidió entonces unos certificados específicos para permitir volar a algunos de estos helicópteros. Sin embargo, en febrero de 2024 todo cambió con la inclusión del fabricante aeronáutico Kamov en la lista de entidades rusas sancionadas por Bruselas.

La justificación fue que varios de sus helicópteros habían sido desplegados por Moscú en el campo de batalla ucraniano. Desde entonces, los técnicos rusos no pueden desplazarse a España —ni tampoco las aeronaves a Rusia— para su revisión y obtención de certificados. Estos aparatos, propiedad de operadores privados, eran alquilados cada temporada de incendios al Ministerio para la Transición Ecológica —ocho en verano y cinco en invierno—. Las empresas propietarias señalaron graves problemas para acceder a suministradores de piezas de repuesto, por lo que la mínima avería los dejaba inoperativos en tierra.

Pero no solo la geoeconomía afecta a nuestras relaciones comerciales con Rusia: también China está en el punto de mira, en este segundo caso de estudio lo está por un potente sistema de almacenamiento de datos fabricado por Huawei. A través de los medios de comunicación se informó de que varios comisarios de la Policía Nacional desmentían la versión oficial ofrecida por el ministro del Interior acerca de la seguridad de las escuchas judiciales de Sitel, almacenadas en dispositivos de la multinacional china.

Aseguraron públicamente que la compañía tecnológica tenía acceso directo al repositorio donde se conservan las grabaciones, lo que, a su juicio, representa un riesgo para la seguridad nacional española. El sistema de almacenamiento masivo OceanStor 6800 V5, fabricado por Huawei y operativo en los centros de datos de la Policía Nacional, ha llevado a que Estados Unidos valore cortar el flujo de información de inteligencia con España.

Estas declaraciones se producen en medio de la tensa espera que mantiene el Ejecutivo ante la más que previsible respuesta estadounidense, tras revelarse que Huawei ha recibido más de doce millones de euros por custodiar las escuchas judiciales, lo que ha generado preocupación tanto dentro de los cuerpos policiales como en organismos internacionales. La tecnología de la compañía está presente en los centros de proceso de

datos (CPD) de la Policía española en El Escorial, Canillas y la Secretaría de Estado de Seguridad, donde se almacenan miles de grabaciones de alto valor judicial.

El sistema Sitel no solo guarda nombres o números de teléfono, sino también resúmenes de investigaciones, datos de geolocalización y la identidad de todos los interlocutores implicados, así como la compañía telefónica intervenida. En definitiva, un resumen exhaustivo del contenido de las investigaciones al que Huawei tendría acceso, además de los audios en bruto de las escuchas, que se conservan durante un periodo de cinco años.

Estados Unidos y varios países de la Unión Europea mantienen un veto activo contra la multinacional Huawei desde 2018, alegando riesgos para la seguridad nacional por la Ley de Inteligencia Nacional china, que obliga a las empresas a colaborar en todo momento con el Gobierno de Pekín en asuntos considerados estratégicos.

La Comisión de Inteligencia del Congreso y del Senado de Estados Unidos envió una carta a altos cargos de su aparato de inteligencia en la que expresaba su preocupación por la colaboración tecnológica entre el Gobierno de España y Huawei. En ella se requería explícitamente una respuesta de España que fuese en la línea de excluir a la marca china de ese sistema ante el temor de que allí pueda haber información reservada y confidencial no solo de nuestro país, sino también de la compartida por Estados Unidos. Además, Washington ha incluido este asunto entre los temas más relevantes de su última actualización de las relaciones con el Gobierno de China.

Como tercera noticia vinculada a la geoeconomía, cabe señalar que el Ejército de Tierra tenía previsto adquirir cuarenta drones ligeros para diversas misiones de la Comandancia de Melilla, pero finalmente decidió dar marcha atrás y anular la licitación. La decisión se relaciona con el hecho de que los modelos elegidos en el pliego del contrato pertenecían todos al fabricante chino DJI, que Estados Unidos ha incluido en la denominada «Lista 1260H» por su presunta vinculación con la inteligencia militar china. Washington sospecha que estos aparatos podrían facilitar información o imágenes a posibles espías.

El contrato preveía la compra de drones de distintos modelos del fabricante DJI: desde plataformas ligeras como el DJI Neo FPV, pensado para formación, y el Mini 4 Pro, para captura de vídeo, hasta modelos más robustos como el Matrice 350 o el FlyCart 30, destinado al transporte de cargas en condiciones adversas. Adicionalmente, se contemplaba la adquisición de un sistema digital portátil de planificación táctica multimodal, diseñado para coordinar operaciones con drones en múltiples ubicaciones.

La empresa china Da Jiang Innovations (DJI), fabricante de estos drones, es una de las señaladas por Washington por presuntamente plegarse a los intereses del complejo militar chino, como también ocurre con Huawei o con la marca de cámaras de videovigilancia Hikvision. DJI, con sede en Shenzhen, es actualmente el líder mundial en drones de uso civil y profesional, ampliamente utilizados en los programas de modernización del Ejército de Tierra —como en la Legión en Almería—, dentro del marco de las iniciativas Fuerza 35 y Ejército 2035. Además, suministra drones de este tipo a la Policía Nacional, la Guardia Civil y a diversos cuerpos policiales autonómicos.

Y un cuarto ejemplo, una polémica que afecta a la compra de 170 furgones eléctricos chinos por parte del Ejército de Tierra español en 2022. En el marco de un programa de sostenibilidad para las Fuerzas Armadas, el Gobierno español autorizó la adquisición de vehículos eléctricos de la marca china Maxus. Estos vehículos desempeñan actualmente tareas logísticas y de abastecimiento entre diferentes bases e instalaciones militares del territorio español.

Recientemente, Reino Unido e Israel han decidido prohibir el acceso de estos vehículos chinos a sus bases y centros de inteligencia tras detectar que podrían estar recopilando información del entorno mediante sensores electrónicos de voz, geolocalización y cámaras incorporados en los mismos.

En el caso británico, la prensa publicó en la pasada primavera que en ciertos lugares sensibles para la inteligencia militar —en concreto en las inmediaciones del emblemático edificio Pathfinder, en la base aérea de Wyton— se había prohibido estacionar vehículos eléctricos de fabricación china a menos de tres kilómetros de distancia. Se trata de uno de los centros de inteligencia militar más relevantes de Reino Unido, desde donde opera el Centro Nacional de Inteligencia Geoespacial (NCGI), posiblemente uno de los mayores complejos de inteligencia del mundo. Desde un primer momento, en círculos militares sorprendió la elección de un fabricante chino para este tipo de misiones, principalmente por las polémicas ya existentes en aquel entonces sobre el uso de material del país asiático en entornos militares o vinculados a la seguridad nacional. Tanto la OTAN como los servicios de inteligencia de Estados Unidos venían advirtiéndolo de ello desde 2018. De hecho, el uso de vehículos chinos en tareas militares ha sufrido serias restricciones en la mayoría de estos países.

Podría parecer ciencia ficción, pero no lo es. Los ejércitos y servicios de inteligencia de todo el mundo han comenzado a considerar los vehículos eléctricos como potenciales vectores de espionaje militar, y no solo en Occidente.

China, por ejemplo, prohíbe desde 2021 la entrada de coches eléctricos de la marca estadounidense Tesla en sus complejos militares. Las autoridades no se fían de que sus cámaras o algunos de sus sensores —micrófonos, sistemas de megafonía, navegación o aviso automático de accidente— puedan ser utilizados para recopilar y transmitir información del entorno, en particular imágenes o conversaciones. Estados Unidos aplica restricciones similares a los vehículos chinos.

En el caso de Israel, el veto a este tipo de vehículos eléctricos chinos en sus bases se habría aplicado en agosto de 2025. La prensa israelí recoge informaciones según las cuales, desde principios de ese año, se habría reducido la compra de vehículos de la marca china BYD para uso de sus oficiales, por temor a que pudiesen estar enviando datos, imágenes y audios del interior a servidores en China.

También se habría prohibido el acceso de vehículos de carga chinos a bases e instalaciones especialmente sensibles para la inteligencia israelí. En Israel se menciona el área militar de Lotem, donde se encuentra la Unidad de Telecomunicaciones y Tecnología de la Información del ejército, un enclave estratégico para sus fuerzas armadas.

Al margen del posible riesgo de espionaje detectado, existen otras complicaciones operativas que podrían derivarse del uso de estas tecnologías, como la desconexión remota. El caso más significativo fue el ocurrido en Ucrania con el señor de la guerra checheno Ramzán Kadýrov, fiel a Vladimir Putin. Fiel a sus gestos populistas y mediáticos, Kadýrov desplegó en el campo de batalla ucraniano dos todoterrenos Cybertruck de Tesla, un vehículo llamativo por su aspecto futurista al que, además, instaló una ametralladora ligera.

Sin embargo, poco después de difundirse las primeras imágenes de estos vehículos sobre el terreno ucraniano dejaron de funcionar repentinamente: quedaron bloqueados e inutilizados por una instrucción electrónica transmitida desde Estados Unidos. Se trata de una función remota que Tesla puede aplicar a sus automóviles y que ya ha afectado a diversos conductores civiles en otras partes del mundo.

Más ejemplos de visibles impactos locales de decisiones geoeconómicas: en Europa, y en pleno embargo de crudo ruso, en agosto de 2025 un ataque de drones ucranianos contra el oleoducto ruso de Urecho, en la región de Briansk, enfrentó políticamente a Ucrania con Eslovaquia y Hungría.

La razón es que dichos ataques amenazan su seguridad energética al dejar fuera de funcionamiento un punto de suministro clave. Su presidente incluso ha sugerido que podría cortar la electricidad a Ucrania como represalia por los ataques al oleoducto de Druzhba, el más largo

del mundo y todavía un punto esencial de abastecimiento para Europa. Hungría suministra alrededor del 40 % de la energía que consume la población ucraniana.

Volviendo a España, en 2025 los puertos españoles notificaron a la opinión pública una reducción sustancial de la actividad portuaria de mercancías, causada tanto por la inestabilidad geopolítica y económica como por la disminución del comercio mundial con destino a Estados Unidos, debido al fuerte incremento de los aranceles.

Como muestran los ejemplos anteriores, la utilización de los instrumentos económicos de la geoconomía es de plena actualidad y está presente en muchas de las decisiones que cada día toman los gobiernos, con implicaciones directas en nuestras vidas. Estos instrumentos económicos forman parte de la política exterior, a la que se suman la diplomacia, la información y la fuerza militar.

Dichos ejemplos sirven para mostrar que la actualidad nos ofrece cada semana oportunidades para comprender lo importante que es reconocer las implicaciones de la economía sobre la geopolítica y, a su vez, los impactos que decisiones tomadas a miles de kilómetros de nuestro domicilio pueden tener tanto sobre la macroeconomía nacional como sobre la microeconomía local y nuestra vida diaria.

Quiero destacar, como veremos a continuación, que decisiones políticas de gran calado impactan, por ejemplo, en el precio del combustible que ponemos en nuestro vehículo, en la cotización de una divisa, de una criptomoneda como el bitcoin o de una onza de oro o plata. Y son precisamente esas señales del mercado las que, bien interpretadas, pueden ayudarnos a gestionar mejor nuestras inversiones personales y a blindar nuestra propia economía doméstica frente a una posible catástrofe.

Geoconomía estratégica pretende ser una obra divulgativa y didáctica que despierte el interés de un lector no especializado en economía para realizar este tipo de análisis. A lo largo de las siguientes páginas se explora cómo las naciones, desde hace siglos, utilizan su poder económico para influir en la política global mediante sanciones, restricciones comerciales y otras herramientas de guerra económica como las inversiones en infraestructuras críticas.

También se analizan los puntos de estrangulamiento, *chokepoints*, de la economía global, como el control de los recursos críticos escasos y de rutas comerciales clave, y se explica su impacto estratégico.

El material de base que configura esta obra procede de diferentes fuentes. En primer lugar, las numerosas sesiones de trabajo con directivos de multinacionales celebradas en las aulas de ESIC, en Pozuelo de Alarcón, así

como de mis intervenciones sobre esta materia en el canal de televisión Negocios TV y en las emisoras de radio Intereconomía y Capital Radio.

Finalmente, para documentar los casos de estudio, he seleccionado ciertas tribunas de opinión de mi autoría sobre esta materia de actualidad, que han sido publicadas semanalmente en el diario digital *OKDIARIO*. Gracias a su fundador y director, Eduardo Inda, y a su presidenta no ejecutiva, Pilar Rodríguez Losantos, por sus apoyos y por la libertad con la que cuento cada semana para identificar nuevos casos de estudio para poder reflexionar sobre la importancia creciente de la geoeconomía en nuestras vidas.

Con el fin de facilitar la comprensión de la materia, el libro se completa con una explicación del alcance del término, incluyendo un recorrido histórico sobre el uso de las técnicas de la geoeconomía. Se han incorporado varias definiciones académicas, así como análisis adicionales sobre las estrategias y los tipos de poder, con el objetivo de ofrecer una visión más amplia y completa.

Los casos de estudio, basados en instrumentos de la geoeconomía, se han agrupado en ocho componentes para facilitar su lectura según los principales ámbitos de la geoeconomía:

- 1 La gestión de la escasez de los recursos naturales.
- 2 Infraestructuras y conectividad.
- 3 Los flujos comerciales y financieros.
- 4 Los secretos de la tecnología y de la innovación.
- 5 Instituciones y gobernanza económica global.
- 6 Poder monetario.
- 7 Demografía, flujos migratorios y capital humano.
- 8 Seguridad económica.

La publicación *Geoeconomía estratégica* es un manual de consulta de casos de estudio reales que se dirige tanto a analistas económicos como a académicos, estudiantes y profesionales de relaciones internacionales, economía política internacional y estudios de seguridad interesados en cómo los factores económicos moldean las dinámicas del poder global y regional.

PARTE I

GEOECONOMÍA DE ACTUALIDAD

INTRODUCCIÓN A LA GEOECONOMÍA

1

De las muchas definiciones posibles de geoeconomía, podemos quedarnos, de momento, con aquella que la describe como la ciencia que estudia los aspectos territoriales y políticos de los recursos de las economías mundiales.

Es una subdivisión de la geopolítica que implica el uso de habilidades políticas con fines económicos, donde interactúan los resultados económicos y el poder relativo. El término geopolítica surge a finales del siglo XIX gracias al geógrafo y etnólogo alemán, Friedrich Ratzel, que relaciona poder y dominio territorial en competencia entre naciones. El lugar geográfico de la fricción debe tener una ventaja estratégica o contener un recurso natural vital para llegar al conflicto. Desarrolló el concepto de espacio vital, *Lebensraum*, que vinculaba el crecimiento de los Estados, organismos vivos, a la necesidad de expandir su territorio para asegurar los recursos y su supervivencia, compitiendo por el espacio.

Precisamente, la geoeconomía supone la búsqueda del control de recursos clave como el petróleo, el gas, el agua, la producción agrícola, la extracción de minerales críticos y las tierras raras.

Pero también es cierto que la geoeconomía busca facilitar y potenciar una mayor conexión entre las empresas multinacionales, su inteligencia corporativa y la inteligencia pública de los gobiernos en los países donde tienen sus raíces.

Cada vez más ligada a la industria de defensa, persigue un impulso efectivo de los gobiernos sobre la actividad comercial de las empresas nacionales más allá de sus fronteras.

La geoeconomía se diferencia de la geografía económica en que no solo se ocupa de las capacidades y recursos económicos de cada Estado, sino que también explicita las preferencias por los modelos de desarrollo, la articulación de intereses con otros Estados y los conflictos que ello

genera, en palabras del autor R. Giacalone en su obra *Geopolítica y géoeconomía en el proceso globalizador* (2016).

En el Reino Unido, sir George Makgill desarrolló en la década de 1920 una organización de inteligencia industrial creada tras la sorprendente y rápida revolución rusa. Lo hizo con el apoyo de la Federación de Industrias Británica y de las empresas propietarias de minas de carbón y navieras, con el objetivo de intercambiar información con los servicios de inteligencia británicos y compartir fuentes para evitar sorpresas. En un mundo de engaño y ocultamiento, la confianza es un bien tan necesario y preciado como escaso.

La geoeconomía analiza las estrategias de orden económico y comercial influidas por los Estados para proteger sus economías en un contexto global turbulento como el actual, o para dotarse de tecnologías y materias estratégicas necesarias para su supervivencia o desarrollo futuro.

En algunos casos, incluso se ha potenciado la inversión de capital en el exterior para tomar el control de un sector, un suministro o una cadena de valor, otorgando una clara primacía a la seguridad económica y a la autonomía estratégica sobre el beneficio industrial a corto plazo, en la línea de los informes estratégicos de la Unión Europea elaborados por el Dr. Draghi y Letta.

Actividades como el comercio, la gestión de infraestructuras, las políticas de inmigración y el uso de la tecnología y de las finanzas forman parte fundamental de la seguridad y de los intereses económicos de una nación.

A la vista de esta definición inicial, se plantean varios retos en diferentes áreas de estudio:

- *Recursos naturales*: el agua, las materias primas, los minerales críticos y las tierras raras; el crudo, el gas y la tecnología que sostiene la energía renovable.
- *Comercio global*: los aranceles de castigo, el aprovechamiento de las oportunidades en un mundo de aranceles cambiantes y la producción basada en complejas cadenas de suministro; la interdependencia, la globalización, las zonas de libre comercio y los acuerdos para el comercio mundial.
- *Empresas transnacionales y gobernanza*: su relación con los gobiernos donde operan, las decisiones de Estado, la importancia de la inteligencia económica y empresarial, la inteligencia estratégica y la diplomacia corporativa en un mundo revuelto, complejo y en permanente incertidumbre.
- *Seguridad y defensa*: la autonomía en materia de seguridad, basada en alianzas que garantizan la tecnología de guerra adecuada y el suministro continuado de munición y repuestos.

- *Nuevas tecnologías*: la velocidad de cambio, la inteligencia artificial en un contexto geopolítico volátil, la computación cuántica que impulsa el análisis eficaz de múltiples escenarios, la atracción del talento y la gestión de los flujos migratorios.
- *Regulación y estabilidad*: las tendencias regulatorias en tecnología y finanzas, y la inestabilidad macroeconómica que nos sitúa en un entorno de fuerte incertidumbre y crisis.
- *Estrategia y liderazgo regional*: en un mundo volátil y con una incertidumbre creciente.

La importancia de la geoeconomía y la eficacia de sus instrumentos económicos están haciendo cambiar las estrategias de muchos países, debido a la necesidad de mejorar la protección de su seguridad económica frente a los riesgos y de fortalecer su posición global, en palabras de Filip Medunic, del German Council on Foreign Relations (DGAP) de Berlín.

Algunos de los motores actuales de la geoeconomía pertenecen todavía a la etapa anterior de la globalización e interdependencia. Se trata de lo que se conoce como el aseguramiento de las cadenas de valor y de suministro a través de las relaciones económicas.

La nueva fragmentación del comercio global está produciendo distorsiones y estrangulamientos en determinados puntos.

Se constata que estamos viviendo un proceso de transición hacia un nuevo orden geoeconómico global, caracterizado por la regionalización, la multipolaridad, el aumento de la intervención de los diferentes Estados y, como veremos a través de los casos de estudio, una creciente interrelación entre seguridad, poder y economía.

Este nuevo y cambiante escenario exige volver a pensar las relaciones internacionales desde una óptica que integre de una forma estratégica variables económicas, tecnológicas y de información para comprender las nuevas dinámicas de poder.

Las estrategias para afrontar estos retos difieren según el país del que se trate. Por ejemplo, Estados Unidos basa su centralidad en el dominio del acceso a la información financiera y a las redes tecnológicas. China, en cambio, está apostando por una creciente innovación doméstica y por la inversión en puertos y compañías tecnológicas.

Otros actores, como Japón, Taiwán, Corea del Sur, Canadá, la Unión Europea o el Reino Unido, se han convertido en piezas clave del nuevo orden mundial. Asimismo, los Estados del Golfo, Indonesia, India, Turquía, Australia y Rusia buscan cada vez una mayor relevancia en la geoeconomía mundial, para lo que están incrementando sus acciones geopolíticas en este ámbito.

1.1. LA IMPORTANCIA Y LOS RECIENTES CAMBIOS EN EL COMERCIO MUNDIAL

En el año 1960 el comercio mundial representaba el 17,5 % del PIB total. En 1990 el comercio global representaba ya un 38 % del PIB mundial. En 2024 habría alcanzado aproximadamente el 59 %, con un récord de 33 billones de dólares y un crecimiento del 3,7 % respecto al año anterior.

Los impulsores fundamentales de la globalización han sido la reducción de los costes de transporte, la revolución tecnológica de la información, la interconexión digital, la expansión de los mercados de capitales globales, los acuerdos de libre comercio y las organizaciones internacionales que la promueven.

Es cierto que la interdependencia de las economías nacionales genera distintos grados de dependencia y vulnerabilidad, que, debidamente manipulados, pueden convertirse en poder económico en manos de la nación dominante.

Como veremos a continuación, la globalización del comercio ha sido impulsada tanto por las políticas de liberalización de los mercados como por el rápido ascenso de China como la principal nación exportadora del mundo.

En 1985, Estados Unidos pasó de competir comercialmente con Japón a consolidar una posición de hegemonía sin precedentes tras el colapso de la Unión Soviética y el estancamiento económico japonés durante la década perdida de los años noventa. Fue una época en la que las ganancias económicas tuvieron prioridad sobre las consideraciones tradicionales de seguridad durante la Guerra Fría.

Washington impulsó la integración comercial en el escenario internacional como nuevo paradigma de su política exterior. Se concedió a China el estatus de relaciones comerciales normalizadas de forma permanente (*Permanent Normal Trade Relations*, PNTR), a pesar de las preocupaciones sobre su modelo económico y político. Asimismo, se permitió su adhesión a la Organización Mundial del Comercio (OMC) en diciembre de 2001. Esta entrada fue considerada un hito trascendental en el proceso de homologación de China con Occidente.

La teoría sostenía que la modernización y el crecimiento traerían consigo la expansión de las clases medias y acomodadas, que reclamarían una mayor participación social dada la complejidad de una economía capitalista avanzada. Sin embargo, esta convergencia no se ha producido, China ha demostrado su capacidad para impulsar un gran desarrollo tecnológico —incluso en campos como la inteligencia artificial, con ejemplos como DeepSeek—, y todo ello en el marco de un sistema político cada vez más autoritario.

La ascensión de China en el comercio global ha sido muy rápida y ha sorprendido a sus principales competidores. Sus exportaciones de bienes representaban un 1,8 % de las exportaciones globales en 1990; en la actualidad esa cifra se ha multiplicado por diez, hasta alcanzar el 17,3 % en 2024, si se incluye a Hong Kong.

En paralelo, las naciones exportadoras tradicionales han perdido una parte importante de su participación en el comercio global. Desde 1990, Alemania ha perdido alrededor de un 5 % y Estados Unidos alrededor de un 3 %. Japón redujo su cuota del 11 % al 3 % de las exportaciones globales. Como resultado de estos cambios, China es ahora el mayor exportador mundial de bienes manufacturados, dominando los mercados de ordenadores personales, paneles solares, baterías eléctricas, construcción naval y, más recientemente, vehículos eléctricos y toda su cadena de valor.

Durante el mismo periodo, el déficit comercial de Estados Unidos se multiplicó por once, alcanzando casi un billón de dólares. Si sus exportaciones de servicios no fueran positivas, la cifra sería aún mayor. El déficit total de bienes fue de alrededor de 1,2 billones de dólares en 2024. En contraste, el superávit de bienes de China rondó el billón de dólares ese mismo año. China representa aproximadamente el 32 % de la producción global, pero solo el 12 % del consumo mundial.

Estados Unidos ve amenazado su dominio económico por la política de comercio e inversión orientada a la exportación de China. Pekín gestiona de forma muy restrictiva el acceso a su mercado y apoya con firmeza a su propia industria. La llegada al poder de Xi Jinping, con un liderazgo personalista, ha reforzado el control del Partido Comunista Chino y ha impulsado una política exterior más agresiva.

EE. UU., a raíz de la entrada de China en la OMC, impone aranceles al aluminio y al acero chino en 2002 y cuotas al textil chino en 2006, acelerando las políticas proteccionistas.

El pensamiento en Washington es que las reglas económicas globales necesitan adaptarse a las nuevas realidades internacionales. Desde la crisis financiera de 2008, el crecimiento del comercio mundial se ha ido desacelerando y se popularizó el término *desglobalización*. La frustración de Estados Unidos con la evolución del comercio internacional y con el funcionamiento de sus reglas ha derivado en la búsqueda de políticas conocidas como de *securitización*.

Desde 2016, Washington se ha desvinculado del Órgano de Apelación de la Organización Mundial del Comercio (OMC), mecanismo de resolución de disputas sobre las reglas de comercio internacional de la organización, bloqueando además el nombramiento de nuevos miembros desde 2019.

El primer mandato del presidente estadounidense Donald Trump marcó el paso del libre comercio al «comercio gestionado», con el objetivo de restablecer el equilibrio comercial de Estados Unidos con el resto del mundo. La expansión del uso de las Secciones 301 (prácticas comerciales desleales) y 232 (efectos sobre la seguridad nacional en Estados Unidos), junto con la aplicación extensiva de las autoridades de la *International Emergency Economic Powers Act* (IEEPA, amenazas a la seguridad nacional en situaciones de emergencia), se ha convertido en un conjunto de herramientas geoeconómicas ampliamente utilizadas para intentar reequilibrar el gran déficit comercial acumulado.

El expresidente de Estados Unidos Joe Biden supuso un alivio para los europeos, pero mantuvo en gran medida los aranceles a China, principalmente en materia tecnológica de los semiconductores, y solo suspendió los aplicados al acero y al aluminio procedentes de Europa. Esto muestra hasta qué punto preocupa la dependencia de las importaciones en Estados Unidos y su interdependencia comercial con China.

El segundo mandato de Donald Trump ha vuelto a utilizar los aranceles al comercio como una herramienta coercitiva para múltiples objetivos. Sin embargo, su política de anuncios y contraanuncios sucesivos, muy errática, está generando resultados contradictorios, así como una creciente inquietud entre los exportadores de todo el mundo.

Por su parte, China ha considerado desde el principio el comercio mundial como estratégico y no parece estar contemplando cambios sustanciales en su modelo económico exterior. A nivel global, en la última década las restricciones comerciales afectan ya al 12 % del total de las importaciones, frente al 2 % registrado apenas diez años antes.

Pese a las barreras proteccionistas que se están levantando en distintos países, debe reconocerse la resiliencia de la globalización y del comercio mundial, que siguen siendo muy relevantes hoy en día.

Aunque desde 2019 el número de medidas restrictivas al libre comercio ha subido exponencialmente, lo cierto es que a fecha de mayo 2025 hay vigentes 375 acuerdos comerciales regionales registrados en la OMC. Durante el año 2025 se han firmado tratados de libre comercio entre Reino Unido y la India, Mercosur y la EFTA, ASEAN y China y Perú con Indonesia.

El resultado del enfoque geoeconómico en la política comercial es la fragmentación del comercio. Los países se están centrando cada vez más en sus intereses estratégicos y menos en las ventajas puramente económicas de las transacciones.

La fragmentación comercial a lo largo de las líneas geopolíticas ha aumentado. Este proceso está generando nuevas oportunidades para aquellos

países que facilitan el intercambio entre las áreas rivales —como México o Vietnam— o para la firma de nuevos acuerdos comerciales, como el de la Unión Europea con el MERCOSUR. Son ejemplos de las llamadas tri-lateralaciones, aquellos países que pueden preguntar a las potencias dominantes «¿qué me ofreces a cambio de mis materias primas o servicios?» en un mundo geopolítico que ya no es bipolar.

Aun así, la fragmentación afecta sobre todo al comercio de alto valor, en particular a la tecnología avanzada, a las materias primas críticas y a las tierras raras, con efectos a largo plazo. Es probable que esta tendencia continúe, especialmente a medida que crece en Washington el consenso político contra el comercio con China, tanto entre los congresistas como entre los senadores.

Estamos pasando de un sistema basado en reglas y cooperación multilateral a un entorno marcado por la rivalidad estratégica y la fragmentación global, en el que algunos observadores esperan que Europa desempeñe un papel estabilizador en un mundo volátil. Un escenario donde el nuevo mapa geopolítico en construcción llevará a una redistribución del poder, en medio del auge del nacionalismo y del cuestionamiento del orden liberal.

El fastuoso desfile de unas modernizadas Fuerzas Armadas de China, celebrado en Pekín en el mes de septiembre de 2025 con motivo del 80.º aniversario de la rendición de Japón, en presencia de los líderes de Rusia y Corea del Norte, representa un claro punto de inflexión en la percepción occidental sobre el nuevo orden mundial que se abre paso a gran velocidad ante occidente.

1.2. UN ENFRENTAMIENTO POR EL LIDERAZGO TECNOLÓGICO BASADO EN LA DESCONFIANZA CRECIENTE EN LAS CADENAS DE SUMINISTRO

La guerra comercial entre los Estados Unidos y China por el liderazgo tecnológico se intensifica en el marco de la competencia geopolítica. Europa, el Reino Unido y Japón están profundamente entrelazados en esta carrera tecnológica global. La globalización tecnológica se había caracterizado, hasta la actual crisis de confianza, por la especialización de la producción en determinados países y por las ventajas competitivas de costes en otros.

La primera dimensión generó cadenas de valor multinivel que han impulsado los límites de la innovación tecnológica, como en el caso de la cadena de suministro de semiconductores. La segunda se ha visto reforzada por la creciente globalización comercial, que ofreció a las empresas la posibilidad de producir en lugares con costes mucho más bajos y con márgenes considerablemente más altos.

Un ejemplo de este movimiento de deslocalización de la producción fue la decisión de Apple, en 1998, de trasladar a China la fabricación de ordenadores y componentes —aunque no el diseño—, bajo la dirección de Tim Cook. Años más tarde, este modelo de producción se ampliaría a dispositivos icónicos como el iPod y, posteriormente, el iPhone.

Garantizar el suministro tecnológico se convirtió en una prioridad tras la crisis de desabastecimiento de productos sanitarios durante la pandemia del COVID. Las preocupaciones en torno a determinados puntos de estrangulamiento y a las vulneraciones de patentes tecnológicas han situado a Estados Unidos y China en un escenario de creciente tensión y desconfianza mutua.

Bajo la presidencia de Xi Jinping, la política comercial iniciada en 2015 con el nombre «Made in China 2025» identificó una serie de sectores y tecnologías en los que China aspiraba a reducir su dependencia del exterior. El ascenso del país en la fabricación de tecnología no responde únicamente a un interés económico, sino también a un objetivo estratégico de seguridad.

Estados Unidos percibe esta política de Pekín como una amenaza geopolítica. Desde entonces, ambas potencias han reforzado sus políticas económicas con un fuerte componente de seguridad. En Washington, la contención del avance tecnológico de China se ha convertido en parte de un inédito consenso bipartidista, en contraste con otras políticas públicas donde el desacuerdo es constante.

A partir de la administración Obama, Washington implantó numerosas reformas en los controles de exportación y en la revisión de inversiones para cubrir mejor las tecnologías emergentes, en particular los semiconductores de alta gama. Otros países han sido presionados o persuadidos por los Estados Unidos para unirse a los controles sobre este tipo de producción.

Donald Trump anunció en 2017 una política de tolerancia cero frente al robo de propiedad intelectual y a la transferencia forzosa de tecnología, exigiendo una investigación profunda sobre el impacto de las prácticas del Gobierno chino en el comercio estadounidense, valorado en unos 600 billones de dólares.

Una de las principales preocupaciones en el ámbito de la geoeconomía ha sido la empresa holandesa ASML, productora de las máquinas más avanzadas para la fabricación de semiconductores. Sin embargo, incluso más allá de los semiconductores, la tecnología en general se ha convertido en una cuestión de seguridad estratégica.

En 2025, Estados Unidos prohibió la comercialización y compra de vehículos conectados con componentes chinos, lo que generó graves problemas para empresas automotrices alemanas como Volkswagen, muy

dependientes de cadenas de valor globales en las que China desempeña un papel central.

Esta fragmentación creciente ejerce cada vez más presión sobre las cadenas de valor mundiales. Un ejemplo es la regla de control de exportaciones de amplio alcance sobre la tecnología de inteligencia artificial que la administración saliente de Biden emitió en enero de 2025, con entrada en vigor en mayo del mismo año.

La medida dividió al mundo en diferentes categorías de países, determinando quién podía acceder y quién no a esa tecnología. Aunque la administración Trump revocó posteriormente la regla y anunció un enfoque más simplificado, la regulación mantendrá *de facto* la exclusión de aquellos países que Estados Unidos considere adversarios, empezando por China, de la compra de chips de inteligencia artificial de vanguardia.

Esto afecta directamente a los negocios de las empresas europeas en China, ya que los controles de exportación de Estados Unidos tienen carácter extraterritorial. Un subproducto de esta fragmentación son los efectos de bloqueo de los ecosistemas tecnológicos liderados por Estados Unidos o por China. En el ámbito digital, únicamente estas dos naciones son verdaderamente autónomas, con *hardware* y *software* complementarios, aunque China, por el momento, sigue por detrás de Estados Unidos en este terreno.

Las consideraciones de seguridad están creando así áreas tecnológicas fragmentadas, en las que los grandes actores dominantes capturan una mayor cuota de mercado dentro de sus respectivos ecosistemas integrados.

1.3. LAS FINANZAS GLOBALES PUESTAS EN DUDA

En el ámbito de la gestión financiera internacional, la centralización de los flujos monetarios a través de un número relativamente reducido de grandes entidades impulsó una gradual globalización a partir de principios de la década de 1970.

En 1973 se fundó la Sociedad para las Comunicaciones Financieras Interbancarias Mundiales (SWIFT, por sus siglas en inglés), un sistema de mensajería financiera que con el tiempo se transformó en una herramienta clave de presión en las políticas de sanciones, dado que sin SWIFT no existen transacciones internacionales seguras.

La desregulación en la década de 1980 redujo las restricciones de la banca interestatal en Estados Unidos, al igual que la desregulación en Europa en la década de 1990, pronto seguida por América Latina, Europa del Este y Asia. El progreso en las redes de información aceleró la expansión de las finanzas globales, incrementó el comercio internacional y fomentó las transacciones transfronterizas. En paralelo, el uso de las tarjetas de crédito se popularizó en todo el mundo.

Tras los ataques terroristas del 11 de septiembre de 2001, la securitización de las finanzas globales se convirtió en un nuevo paradigma. SWIFT ya no pudo resistir la presión de Estados Unidos para compartir datos con el fin de rastrear a los terroristas. Desde entonces, las sanciones financieras se han consolidado como una de las herramientas más importantes de la política exterior y de la geoeconomía estadounidenses.

La integración económica de China en el mundo y el crecimiento de su economía han impulsado un aumento de las inversiones extranjeras directas tanto en la Unión Europea como en Estados Unidos.

Lo cierto es que una parte significativa de ese éxito económico —el crecimiento de la inversión china en distintos sectores y países— se ha convertido en un asunto central de seguridad. La fuerte expansión de la inversión extranjera directa (IED) procedente de China y la priorización de inversiones estratégicas en empresas especializadas en sectores clave de la economía han llevado a los gobiernos occidentales a reforzar su vigilancia sobre la IED. Hasta el punto de que Estados Unidos reformó su mecanismo de revisión en 2018 y la Unión Europea introdujo su propio instrumento de control en 2019.

Junto con la titulización financiera global, los Estados recurren cada vez más a los activos financieros con propósitos estratégicos, difuminando aún más la delgada línea entre los beneficios económicos y las consideraciones de seguridad.

Los Estados del Golfo poseen enormes cantidades de activos en América del Norte, Europa y Asia como forma de protección frente a la presión geopolítica. Países como China, Japón y Alemania mantienen grandes reservas en dólares estadounidenses procedentes de sus exportaciones, lo que contribuye a financiar la deuda externa de Estados Unidos y, al mismo tiempo, sostiene un equilibrio geopolítico beneficioso para ambas partes.

No obstante, comienzan a aparecer los primeros signos de fragmentación en las finanzas globales. Los países BRICS amenazan de forma recurrente con reducir el uso del dólar estadounidense en su comercio internacional, y varios de sus miembros ya operan con mecanismos paralelos a los sistemas tradicionales de mensajería y compensación financiera, como SWIFT. Entre ellos figuran el SPFS de Rusia, el CIPS de China o el SFMS de India.

Especialmente tras la exclusión de varios bancos rusos del sistema SWIFT en 2022, como consecuencia de las sanciones de la Unión Europea por la invasión de Ucrania, algunos de estos mecanismos comenzaron a recibir una atención creciente como posibles alternativas a los sistemas financieros dominados por los países occidentales. Sin embargo, estos esfuerzos no han debilitado de forma sustancial el poder

fundamental del dólar; incluso las *stablecoins* referenciadas a esta divisa están contribuyendo a reforzar su posición en todo el mundo.

Ahora bien, una consecuencia clara de la continua securitización de las finanzas globales es el creciente interés en sistemas alternativos entre los Estados que se oponen a las sanciones financieras tanto de los Estados Unidos como de la Unión Europea.

1.4. EL DESAFÍO DE GESTIONAR LA INTERDEPENDENCIA EN EL MARCO DE LA GLOBALIZACIÓN

El resultado de la globalización, tanto en el comercio como en la tecnología y las finanzas, es la creciente interdependencia entre los Estados, las empresas y las sociedades.

Sirva como ejemplo un caso que afecta a la microeconomía: durante el verano de 2025, la empresa estatal española Correos anunció a sus clientes la suspensión temporal de los envíos a Estados Unidos, con el fin de adaptar su sistema informático a los nuevos aranceles que gravaban determinados tipos de pequeños paquetes. Esta medida impactó directamente en el comercio electrónico minorista y en los envíos entre particulares.

A una escala mayor, durante la escasez de semiconductores en el periodo 2020-2021 se paralizaron industrias clave como la electrónica de consumo, los dispositivos tecnológicos de uso personal, las telecomunicaciones y el 5G, así como sectores estratégicos como la industria médica, aeroespacial y de defensa.

Esa escasez fue el resultado de una combinación de factores: interrupciones en las cadenas de suministro debido al COVID, aumento de la demanda de dispositivos electrónicos personales, fenómenos climáticos adversos y tensiones geopolíticas.

Las economías están hoy tan entrelazadas que casi ningún sector puede funcionar sin insumos procedentes de otros países. Las cadenas de suministro operan bajo el modelo *just in time*, algo que se hizo muy visible durante la pandemia del COVID, al comprobarse la ausencia de material médico previamente almacenado.

Pero la interdependencia no es solo una condición para la persistencia de las relaciones económicas globales: también se ha convertido en un objetivo geoeconómico que muchos Estados consideran una protección frente a la coerción económica de terceros países.

Japón lo denomina *indispensabilidad estratégica*, y Europa debate su posición en las cadenas de valor globales, tanto como fuente de vulnerabilidad como de fortaleza.

La interdependencia, por lo tanto, dificulta la reducción de riesgos, pero también protege frente a la presión geoeconómica externa. No es probable que las relaciones económicas se desacoplen de forma generalizada, al menos a medio plazo, por lo que gestionar la interdependencia será el gran desafío para los Estados en los próximos años.

Para evitar problemas de desabastecimiento, los países deben diseñar estrategias que combinen la diversificación de sus socios comerciales con la inversión en capacidades domésticas, sin caer en un sobreproteccionismo que elimine los beneficios de la cooperación global. Se trata de mantener un equilibrio complejo entre resiliencia y eficiencia económica.

La externalización de la producción a terceros países y la contención salarial han impulsado sin duda el crecimiento de esas economías productoras, acompañadas de la importación de mano de obra barata que, a su vez, enviaba remesas periódicas a sus países de origen. Reducir las desigualdades nunca fue un objetivo explícito de la globalización, aunque es cierto que ha generado un logro palpable: la salida efectiva de millones de personas de la pobreza extrema en numerosos países productores.

Es lógico que, tras la globalización, se hayan producido ascensos sociales y que muchos de estos países hayan comenzado a fabricar productos más complejos y de mayor valor añadido. Tras iniciar su trayectoria con juguetes, camisetas y electrónica básica, ahora producen bienes como *smart TV*, teléfonos inteligentes, paneles solares, palas para aerogeneradores, baterías de litio, vehículos eléctricos e incluso drones terrestres o submarinos.

Y todo ello a precios más competitivos y con una calidad creciente respecto a sus competidores occidentales, mejorando al mismo tiempo las condiciones de vida de una parte significativa de su población. Esto ha garantizado cierta paz social y ha permitido a estos países controlar segmentos clave de las nuevas cadenas de suministro globales.

1.5. EL NEXO ENTRE LA ECONOMÍA Y LA SEGURIDAD: LA SEGURIDAD ECONÓMICA

Una de las principales implicaciones de esta nueva era geoeconómica es la creación de un nexo entre la seguridad económica y la gestión de la interdependencia. La seguridad económica ha surgido como un concepto en sí mismo: consiste en diseñar un conjunto de medidas políticas para protegerse de riesgos externos y reforzar la posición de cada país.

El G7 ha manifestado su intención de «coordinar» su «enfoque hacia la resiliencia y la seguridad económica». La Unión Europea adoptó en 2023 su Estrategia de Seguridad Económica, actualmente en proceso de actualización. Japón cuenta con un ministro de Seguridad Económica, Estados Unidos equipara la seguridad económica con la seguridad nacio-

nal y para China la seguridad económica constituye la «base» de la seguridad nacional.

La estrategia geoeconómica de un país debe ofrecer claridad en torno a los intercambios críticos. Algunas de las cuestiones clave son ¿cómo conciliar la apertura comercial con los cambios geopolíticos, protegiendo al mismo tiempo las capacidades de liderazgo nacional mediante controles a la exportación? ¿Cómo combinar la seguridad jurídica en materia de patentes y acuerdos con las necesidades de seguridad y la rapidez de los procesos para favorecer una inversión extranjera directa ágil? ¿Cómo respaldar a las industrias estratégicas a través de un enfoque de ecosistema y cadena de valor que considere las realidades empresariales de cada nación?

En el futuro, será necesario adaptar continuamente los instrumentos de seguridad económica a los desarrollos geopolíticos, como ocurre ya con las medidas destinadas a proteger los centros de datos de la inteligencia artificial. También será clave incorporar datos geoeconómicos al análisis interno de cada Estado.

El debate sobre la necesidad de más comercio y los riesgos derivados de la dependencia comercial no son excluyentes, sino dos caras de la misma moneda.

Han transcurrido treinta y cinco años desde que el estratega militar Edward N. Luttwak, de origen rumano y afincado en los Estados Unidos, acuñó el neologismo *geoeconomía* en su publicación *De la geopolítica a la geoeconomía*. Con ello describía lo que ocurre cuando la «lógica de la guerra» se encuentra con la «gramática del comercio», parafraseando al militar prusiano Carl von Clausewitz, uno de los pensadores más influyentes en la historia de la ciencia militar moderna.

La geoeconomía consiste en el mantenimiento de la rivalidad entre naciones mediante medios económicos. Luttwak señalaba algunos ejemplos llamativos entre potencias occidentales, como los obstáculos administrativos que retrasaron los vuelos del supersónico Concorde entre Europa y Estados Unidos, las barreras de Japón a los superordenadores estadounidenses o el desarrollo de un formato alternativo de televisión de alta definición.

Ya entonces se advertía la posible instrumentalización de la actividad de los gobiernos por parte de grupos de interés, que manipularían sus decisiones para sus propios objetivos utilizando como pretexto la geoeconomía. La lista de instrumentos es amplia: política fiscal, regulación, burocracia, aranceles y ayudas de Estado, todos ellos capaces de configurar servicios y productos en favor de los intereses de las empresas locales.

En la década de 1990, el economista Pascal Lorot, fundador y director de la revista francesa *Géoeconomie*, definió la geoeconomía como el aná-

lisis de las estrategias de orden económico y comercial decididas por los Estados en el marco de las políticas públicas encaminadas a proteger las economías nacionales o algunos de sus sectores, a adquirir el dominio de tecnologías clave o a conquistar segmentos del mercado mundial cuyo control otorga a sus poseedores un elemento de poder o de proyección internacional, reforzando así su potencial económico y social.

En la actualidad, el concepto de geoeconomía ha adquirido una nueva resonancia. En un mundo multipolar tras el fin de la Pax Americana, las causas y los medios de enfrentamiento son predominantemente económicos. Existe un consenso creciente en muchos países en que la política comercial debe observarse principalmente a través de las lentes de la geopolítica. La geoeconomía en 2025 se caracteriza por la creciente fragmentación global, la rivalidad entre los dos grandes bloques y el uso del poder económico como herramienta de influencia internacional.

Como advirtió Luttwak, un conflicto geopolítico es, en el mejor de los casos, un juego de suma cero: las ganancias de un lado son las pérdidas del otro. Por el contrario, el comercio suele ser un juego de suma positiva, en el que todos ganan. Esto contrasta con el argumento, simplista, del presidente Trump de que otros países llevan «estafando» a Estados Unidos desde hace mucho tiempo porque le venden bienes que podrían producirse en su propio territorio con mano de obra nacional, lo que, en su opinión, generaría mayor prosperidad para la clase media estadounidense.

Esta tensión es inevitable: cualquier intento de utilizar medidas económicas con fines geopolíticos acaba topándose con ella. Sin embargo, la mayoría de los responsables políticos no llegan a reconocerlo. Trump, por ejemplo, ha impulsado una estrategia arancelaria tan mal concebida que resulta claramente contraproducente. Esto se hace especialmente evidente en su guerra comercial contra China.

Debería resultar obvio que en una guerra arancelaria el objetivo es infligir más daño al adversario —sea China u otro país— que a los propios ciudadanos. Pero todas las simulaciones disponibles sobre los distintos escenarios arancelarios planteados en los últimos meses muestran que Estados Unidos perdería más que China.

La razón es sencilla: Estados Unidos y China representan aproximadamente una cuarta parte y una quinta parte de la economía global, respectivamente, pero China supera ligeramente a Estados Unidos en exportaciones, y cerca del 80 % de esas exportaciones se dirigen a países distintos de Estados Unidos.

En otras palabras, Washington no tiene la capacidad de infligir un daño económico significativo a China mediante aranceles de castigo. Por el contrario, al imponer aranceles elevados a China, incrementa el precio

de las importaciones para sus propias empresas y hogares, ya sea porque deben pagar directamente dichos aranceles, porque los nuevos costes se trasladan a los consumidores o porque deben sustituir importaciones chinas por otras más caras procedentes de terceros países.

Probablemente esta sea una de las razones por las que Trump aceptó una tregua arancelaria con China. En cualquier caso, incluso tratándose de países con distintos tamaños económicos y volúmenes de comercio, los aranceles no son un instrumento eficaz para debilitar a un adversario geopolítico.

Tampoco lo son otras herramientas geoeconómicas populares, como las restricciones al suministro de insumos esenciales. Por ejemplo, a principios de 2025 China comenzó a exigir licencias de exportación para minerales de tierras raras. A primera vista, esto podría parecer una estrategia ganadora.

Después de todo, la mayor parte de estos minerales se emplea en la fabricación de productos de alta tecnología y de defensa. Un caza de quinta generación como el americano F-35 lleva más de 400 gramos de tierras raras en su manufactura. Pero la importancia económica de las tierras raras es mucho más limitada de lo que suele creerse.

Los minerales de tierras raras se comercializan de dos formas. Cuando los analistas señalan que en torno al 70 % de las importaciones estadounidenses proceden de China, se refieren a metales de tierras raras en estado relativamente sin procesar.

Sin embargo, las importaciones totales de estos metales en Estados Unidos apenas alcanzan 22 millones de dólares anuales, una cifra marginal dentro de su balanza comercial. En cambio, el comercio de compuestos de tierras raras —con mayor valor añadido tras un procesamiento más complejo— es mucho más relevante. Y en este terreno, Estados Unidos registra un claro superávit, especialmente con China. Sus exportaciones de compuestos de tierras raras ascienden a 355 millones de dólares, más del doble de sus importaciones que ascienden a 161 millones de dólares, y casi el 90 % de esas exportaciones tienen como destino China.

El sector manufacturero estadounidense en este ámbito es pequeño y especializado, orientado a productos de alta tecnología de nicho, por lo que no necesita grandes volúmenes de compuestos de tierras raras.

Las baterías requieren germanio y, por supuesto, los compuestos de tierras raras se emplean también en la fabricación de algunos equipos militares, como los aviones de combate de quinta generación, que utilizan itrio y samario. Sin embargo, el número de aviones construidos es limitado y, en consecuencia, el consumo de estos elementos también lo es. Mientras tanto, cada año se fabrican miles de millones de teléfonos inteligentes y dispositivos similares, en su mayoría en China.

Si China restringe las exportaciones de metales de tierras raras de bajo valor, pone en riesgo el suministro de compuestos procesados de tierras raras que su propio sector manufacturero necesita. Esta podría ser una de las razones por las que la reacción del mercado ha sido discreta. Aunque los precios de los elementos de tierras raras son altamente variables debido al reducido tamaño del mercado, han cambiado poco desde que Pekín introdujo reglas de licencias de exportación.

Pese a esa estabilidad relativa, los precios de varios de estos elementos, muy volátiles, han aumentado más de un 30 % desde enero de 2025, aunque aún se mantienen por debajo del pico alcanzado en 2022. Solo en algunos casos —como el óxido de neodimio y el praseodimio, fundamentales en los componentes para energías renovables y vehículos eléctricos— se han observado subidas fuertes. En otras tierras raras clave, como el disprosio y el terbio, los incrementos han sido más discretos y menos alarmantes.

Incluso si los precios subieran, el impacto sobre la economía estadounidense sería limitado, ya que estas importaciones representan apenas unos 20 millones de dólares. Aunque los imanes permanentes alternativos sin tierras raras sean diez veces más caros, el coste para Estados Unidos ascendería a 200 millones de dólares, una cifra irrelevante en una economía del tamaño de la norteamericana.

Existe, además, un problema añadido con este tipo de herramientas geoeconómicas: suelen ser de un solo uso (*one shot*). Una vez que el suministro se restringe —ya sea mediante aranceles, reglas de licencias de exportación u otros mecanismos—, los importadores se adaptan con rapidez, buscando fuentes alternativas o acumulando reservas. De ese modo, están en condiciones de soportar futuras restricciones adicionales.

El objetivo de una estrategia geoeconómica consiste en proporcionar al Estado un conjunto de herramientas económicas para que las empresas nacionales no solo conquisten mercados, sino que también protejan segmentos estratégicos de la propia economía.

Como hemos visto, la geoeconomía surge de la fusión de los conceptos de geopolítica y economía, y su origen refleja la evolución de las relaciones internacionales en un mundo cada vez más interconectado.

Aunque el término empezó a popularizarse en la década de 1990, sus raíces conceptuales se remontan a debates más antiguos sobre el poder económico como instrumento de influencia global. La geoeconomía estudia cómo los Estados y otros actores emplean recursos económicos —comercio, finanzas, tecnología— para alcanzar objetivos estratégicos en un contexto internacional. Este enfoque reconoce que la economía no solo es motor de prosperidad, sino también un instrumento de poder comparable, e incluso a veces superior, a la fuerza militar.

Recordemos que el término *geoeconomía* fue acuñado en 1990 por Edward N. Luttwak, estratega y economista estadounidense, en un artículo publicado en la revista *The National Interest* bajo el título «From Geopolitics to Geo-Economics: Logic of Conflict, Grammar of Commerce». Allí proponía una combinación de la lógica de la guerra con la gramática del comercio.

Luttwak, en pleno optimismo liberal tras la caída del Muro de Berlín, argumentó que, con el declive de los conflictos militares directos entre grandes potencias tras la Guerra Fría, emergía una nueva forma de competencia basada en herramientas económicas. Con la incorporación de los países del antiguo Telón de Acero a la economía de mercado, los métodos de comercio desplazaban a los métodos militares: los activos sustitúan a la potencia de fuego, la innovación civil reemplazaba a los avances militares y la penetración de mercados ocupaba el lugar de las bases militares.

En este nuevo contexto, los Estados comenzaron a utilizar sanciones, acuerdos comerciales, control de recursos y estrategias financieras para proyectar influencia, en lugar de depender exclusivamente de la fuerza militar. La idea de Luttwak marcó un punto de inflexión al formalizar la geoeconomía como marco analítico.

Las ideas que sustentan la geoeconomía cuentan, sin embargo, con numerosos antecedentes históricos.

Ya en el siglo XV, los Médici crearon la primera empresa transnacional, la Banca de Florencia, con 18 sucursales extendidas por Europa, un antecedente de las actuales compañías multinacionales.

Durante el mercantilismo (siglos XVI-XVIII), las potencias europeas —Francia, Inglaterra y España— ya utilizaban el comercio y el control de los recursos estratégicos, como el oro, la plata y las especias, para consolidar su poder político.

Durante tres siglos, la redistribución del oro de las Indias y el inmenso flujo de plata americana amonedada hacia la circulación monetaria internacional fueron decisivos en el inicio del capitalismo moderno y en la demanda monetaria europea.

La acumulación de riqueza se concebía como un medio para financiar ejércitos y expandir imperios, una dinámica que anticipa el pensamiento geoeconómico moderno. El control de rutas comerciales marítimas o de colonias ricas en recursos constituía una estrategia deliberada para dominar a los rivales, evidenciando cómo economía y poder político estaban intrínsecamente unidos.

La tradición francesa iniciada en 1661 con Jean-Baptiste Colbert, ministro de Finanzas de Luis XIV, pionero del mercantilismo, ilustra bien este

fenómeno: orientó la economía hacia fines nacionales, fortaleció el poder del Estado, promovió las manufacturas de la Corona francesa y fomentó el comercio colonial mediante la Compañía Francesa de las Indias Orientales.

En el siglo XIX, la Revolución Industrial amplificó la importancia de la economía en las relaciones internacionales, sentando nuevas bases para la geoeconomía. La competencia por mercados, materias primas y colonias intensificó el uso de políticas económicas como instrumentos de poder. Potencias industriales como Gran Bretaña emplearon su superioridad manufacturera y el control de rutas comerciales para mantener una hegemonía global. El acceso a recursos estratégicos —como carbón o algodón— podía definir la influencia de un país, principio que la geoeconomía moderna formalizaría.

A comienzos del siglo XX, la geopolítica clásica, impulsada por pensadores como Halford Mackinder y Alfred Mahan, dominaba el análisis estratégico, al subrayar el control del territorio y de los mares. Sin embargo, la devastación económica de las dos guerras mundiales y la posterior reconstrucción global impulsaron el papel crucial de la economía en la estabilidad y el poder.

El sistema de Bretton Woods (1944), que definió el dólar como moneda de reserva y apoyó la creación del Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, reflejó el reconocimiento de que la estabilidad económica global era esencial para evitar nuevos conflictos bélicos. Estos desarrollos sentaron precedentes fundamentales para el enfoque geoeconómico, aunque el término aún no se había acuñado.

El Plan Marshall de 1948, promovido por los Estados Unidos tras la Segunda Guerra Mundial con una financiación a fondo perdido para la reconstrucción de Europa, fue también aprovechado para moldear el sistema económico y político europeo a su imagen. Algo similar se hizo con los países del Este, que cayeron bajo la influencia soviética con el Comecon.

Con el fin de la Guerra Fría en 1989, el panorama global cambió drásticamente. La desaparición de la confrontación ideológica entre Estados Unidos y la Unión Soviética dio paso a un mundo donde el poder económico se convirtió en el principal campo de batalla, acelerando el uso de instrumentos económicos en un contexto de gran rivalidad, más sutil, entre grandes potencias en el marco de las relaciones internacionales.

El mundo se ha transformado en multipolar e interdependiente, algo que vimos durante la pandemia del COVID cuando países ricos y poderosos se convirtieron en frágiles y muy dependientes de las vacunas, medicamentos, equipamiento médico de protección individual y de maquinaria

hospitalaria procedentes de China e India, con fuertes industrias farmacéuticas en su amplio territorio.

Posteriormente se han producido otras interrupciones similares en los suministros de semiconductores, paneles solares o baterías.

Volviendo al uso preferente de los instrumentos de la geoeconomía frente al uso de la fuerza, Luttwak observó que las grandes potencias, al evitar conflictos militares directos por el riesgo nuclear, recurrieron a herramientas como sanciones económicas, aranceles de castigo, inversiones estratégicas y control de tecnología para competir en el campo de la economía, las finanzas y las empresas industriales. Este cambio marcó el momento en que la geoeconomía comenzó a ser reconocida como un campo distintivo, separado pero complementario a la geopolítica.

La popularización del término también estuvo influenciada por la importancia creciente de la globalización. En las décadas de 1990 y 2000, la interdependencia económica entre naciones creció exponencialmente debido al aumento del comercio internacional, las cadenas de suministro globales y la liberalización financiera.

Países como China, con estrategias como «China+1», han sido un claro referente en fijar una estrategia geoeconómica reconocible. Comenzaron a utilizar su creciente poder económico para expandir su influencia a través de la Iniciativa de la Franja y la Ruta, lanzada en 2013, pero con unas firmes raíces en estrategias desarrolladas con anterioridad y apoyada en campeones nacionales en sectores estratégicos.

También Venezuela, entre 1998 y 2013, con su *petrodiplo*macia en la época de Hugo Chávez, desarrolló diferentes alianzas estratégicas a cambio de crudo barato (ALBA y Petrocaribe).

Este fenómeno reforzó la relevancia de la geoeconomía, ya que los Estados podían proyectar un poder creciente mediante una serie de inversiones clave planificadas desde el gobierno, en infraestructuras o bien controlando determinados mercados estratégicos, como los de los microchips o el litio, utilizado masivamente en las baterías, pieza clave en la transición verde. La geoeconomía está redefiniendo las relaciones de poder global.

Durante algún tiempo, China se centró en conocer a fondo la propiedad intelectual procedente de las industrias clave de otros países. Ya fuera mediante las torpes políticas occidentales de transferencia de tecnología, la ausencia de un blindaje real de los derechos de propiedad intelectual o el uso del espionaje cibernético, la realidad es que muy pronto, en la carrera por la disrupción, ya no había tanta diferencia entre los Estados Unidos y China.

Otro factor clave en el desarrollo de este concepto fue la evolución del uso de las sanciones económicas como un arma geoeconómica. En los años 1990 y 2000, Estados Unidos y otros países comenzaron a emplear sanciones de tipo económico, prohibiendo vender o comprar, con una mayor frecuencia, para presionar a países como Venezuela, Irán o Corea del Norte.

Estas medidas mostraron cómo el acceso a sistemas financieros globales, como SWIFT, podía ser usado como una herramienta de coerción, consolidando la idea de que la economía es una parte fundamental del campo de batalla estratégico. Este uso deliberado de instrumentos económicos reforzó la definición de geoeconomía propuesta por Luttwak.

En el ámbito académico, la geoeconomía ha ganado terreno como disciplina interdisciplinaria, integrando la economía, las relaciones internacionales y la estrategia.

Por ejemplo, acuerdos comerciales como el TPP (Acuerdo Transpacífico) o la Unión Europea reflejarían cómo los Estados usan la integración económica para fortalecer su posición geopolítica. Este argumento afectaría también a Mercosur y a sus recientes acuerdos con la Unión Europea.

Autores como Robert D. Blackwill y Jennifer M. Harris, en su libro *War by Other Means: Geoeconomics and Statecraft* (2017), ampliaron este concepto, argumentando que la geoeconomía no solo implica competencia, sino también un tipo de cooperación estratégica para lograr objetivos nacionales. Su definición quedaría como el uso de instrumentos económicos para promover y defender los intereses nacionales y producir resultados geopolíticos beneficiosos, así como los efectos de las acciones económicas de otras naciones en las metas geopolíticas de un país.

Su libro señala tres dimensiones específicas que son relevantes en esta consideración: el rendimiento macroeconómico de un país, la política económica internacional y los instrumentos económicos que se aplican en la búsqueda de fines geopolíticos.

Es claro que un gran poder necesita una base económica floreciente junto con el tamaño, el poder militar y la influencia cultural. Algo que ya hemos visto en los libros de historia de los imperios, ya hablemos del romano, chino, mongol, islámico, persa, otomano, español, británico o ruso.

Muchos de los Estados emergentes han adaptado el capitalismo al poder del propio Estado y tienen los medios económicos necesarios para conseguir objetivos geopolíticos, desafiando los aspectos del sistema internacional existente.

El control del Estado se ejerce a través de eficaces empresas nacionales de gas y petróleo, empresas de telecomunicaciones, bancos estatales, campeones nacionales y fondos soberanos frente a las empresas priva-

das que operan desde Occidente, impulsadas principalmente por el mercado y la obtención de beneficios más que por la geopolítica.

Para los expertos en relaciones internacionales, como el finlandés Mikael Wigell, fundador y CEO del Economic Security Forum (ESF), la *geoeconomía*, además de una práctica estratégica que aplica medios económicos de poder, es un marco analítico de referencia en la tradición del realismo de las relaciones internacionales, poniendo el énfasis en la forma en la que la competencia por el poder relativo impulsa y define el nuevo comportamiento de los Estados.

En la actualidad, el término *geoeconomía* es ampliamente aceptado y se basa en un análisis interdisciplinar que comprende diferentes factores de carácter geopolítico, de inteligencia económica, prospectiva y análisis estratégico.

Su objetivo principal es permitir a un país determinado y en un momento concreto utilizar las herramientas de carácter económico para desarrollar e implantar una estrategia ganadora para que sus empresas, públicas o privadas, puedan conquistar mercados y proteger segmentos estratégicos de la economía nacional. Y esta se aplica a fenómenos actuales como la competencia por las tecnologías críticas, las redes 5G, la gestión inteligente de los centros de datos, la computación cuántica, la inteligencia artificial, los semiconductores, los paneles solares, el control de los recursos energéticos, la agricultura, la biotecnología y los vehículos autónomos, ya sean terrestres o aéreos.

La *geoeconomía* no solo describe cómo los Estados compiten, sino que también pone de manifiesto la necesidad de comprender la economía como un pilar fundamental del poder global, en un mundo donde las fronteras entre lo económico y lo político son cada vez más difusas.

Quizá uno de los últimos capítulos del poder global y de la dependencia *geoeconómica* entre bloques geopolíticos rivales sea el suministro de gas ruso barato al tejido industrial alemán hasta la invasión de Ucrania en el año 2022. El análisis del impacto económico sobre el estancamiento de muchos países europeos ha sido tan impresionante como el error de cálculo político que lo acompañó, puesto de manifiesto públicamente durante la primera presidencia de Trump.

China también está utilizando toda la influencia de su poder económico para seguir aislando diplomáticamente a Taiwán con su política de «una sola China». Actualmente, solo doce países reconocen a Taiwán como la República de China.

Sin embargo, existen ámbitos donde la colaboración entre China y Estados Unidos resulta indispensable, como la lucha contra la proliferación nuclear en Irán o Corea del Norte, y contra la proliferación de armas

químicas y biológicas, el terrorismo islamista, los ataques cibernéticos, la inestabilidad del sistema financiero mundial, la piratería, los flujos migratorios y el tráfico de armas y personas.

La geoeconomía estudia la interacción entre la economía y la geopolítica, analizando cómo los factores económicos influyen en las relaciones de poder entre los países y las regiones.

Sus componentes principales son:

Recursos naturales: acceso, control y distribución de recursos estratégicos como el crudo, el gas, los minerales críticos, las tierras raras, el grafeno, el titanio, el uranio, el agua y las tierras agrícolas destinadas a la producción de alimentos. Es clave mantener cierto control y seguridad en las cadenas de suministros clave. Su disponibilidad afecta la influencia económica y política de los países.

Infraestructura y conectividad: redes de transporte (puertos, puentes, ferrocarriles y carreteras), telecomunicaciones y corredores logísticos —como la Franja y la Ruta de China— determinan la capacidad de un país para proyectar su poder económico.

Flujos comerciales y financieros: comercio internacional, inversiones extranjeras, cadenas de suministro globales y acceso a mercados. Incluye tratados comerciales, sanciones económicas y aranceles de castigo como herramientas de influencia. El objetivo es conseguir que haya países que dependan de uno y, a su vez, ser lo más independiente posible del resto.

Tecnología e innovación: dominio en sectores estratégicos como la inteligencia artificial, el procesamiento del lenguaje natural, la computación, comunicación y sensorización cuántica, las redes 5G y 6G, la alta velocidad ferroviaria, los vehículos autónomos, los drones aéreos o anfíbios, las energías renovables, las baterías de litio, la biotecnología y la ciberseguridad. La superioridad tecnológica otorga claras ventajas competitivas y geopolíticas afectando al crecimiento y la productividad.

Instituciones y gobernanza económica global: organismos como el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial, el Banco de Pagos Internacionales, la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico, la Organización Mundial del Comercio y acuerdos regionales que establecen reglas para el comercio, las finanzas y la cooperación económica. Resalta la cada vez más importante diplomacia corporativa y el poder blando o *soft power* que veremos en el último capítulo dedicado a los tipos de poder.

Poder monetario: control de monedas de reserva (como el dólar o el euro), sistemas de pago internacionales (SWIFT), criptoactivos, *stablecoins* y políticas monetarias que influyen en la estabilidad económica

global. Dominio tanto en la regulación en el uso de la tecnología como en las normas para las finanzas internacionales.

Demografía, flujos migratorios y capital humano: tamaño, educación, productividad de la población y capacidad de formar atrayendo talento, que determinan la capacidad económica de un país y su peso en la geoeconomía mundial.

Seguridad económica: capacidad de un país para proteger su economía frente a las crisis, sanciones, ciberataques o interrupciones en las cadenas de suministro. Grado de autonomía en materia de seguridad y defensa, con suministro garantizado de tecnología militar, munición y repuestos excluyendo proveedores de alto riesgo. Japón aprobó en 2022 una ley específica para la promoción de la seguridad económica que tutela desde el Gobierno las grandes decisiones de inversión de sus empresas multinacionales.

Estos ocho componentes interactúan dinámicamente entre sí, y su peso varía según el contexto global, el momento histórico y las estrategias de los actores tanto públicos como privados.

La geoeconomía busca entender cómo los países utilizan estas herramientas para maximizar su influencia sin recurrir necesariamente —al menos en una primera fase— a la fuerza militar.

El dominio geoeconómico probablemente se ha convertido en el ámbito más crítico y estratégico para la competencia entre los Estados nación. Es fundamental conocer sus instrumentos y sus limitaciones. El poder nacional depende del rendimiento de la economía interna de cada país y de su capacidad para movilizar los recursos oportunos en cada momento.

Conviene recordar las palabras del Premio Nobel de Economía Paul Krugman, quien afirmaba que el contenido de la geografía económica es importante en sí mismo, arroja una luz considerable sobre la economía internacional y constituye un valioso laboratorio para la comprensión de la economía en general.

Una industria concentrada obtiene una gran ventaja del hecho de ofrecer un mercado estable de mano de obra especializada, como puede verse en Silicon Valley con la tecnología, en Londres y Nueva York con las finanzas, en España con la construcción de vehículos o en Taiwán con los microchips.

A lo largo de *Geoeconomía estratégica* se presentará una selección de más de medio centenar de casos de estudio específicos que no lo son siempre de cada uno de los componentes mencionados en exclusividad, dado que en algunos casos la interacción entre los ocho componentes es una realidad patente.

A continuación, se ofrece un listado no exhaustivo de herramientas geoeconómicas para una mejor comprensión del texto:

a. Restricciones a las exportaciones o importaciones

- Aranceles.
- Cuotas.
- Licencias y regulaciones.
- Acceso a medios de transporte e infraestructuras.
- Acceso preferente a materias primas.

b. Política industrial

- Subvenciones a productores o al uso de infraestructuras.
- Contratos de adquisición a largo plazo y precios mínimos.
- Préstamos estatales.
- Creación y uso de fondos de reserva estratégica.
- Creación y asignación de fondos soberanos de riqueza.

c. Restricciones financieras

- Congelación de activos.
- Expropiación de activos.
- Limitación del acceso al sistema SWIFT.
- Impuestos sobre pagos internacionales, liquidación y sistemas de custodia.
- Eliminación de ayudas.
- Control de flujos de capital, cribado de entrada y salida de IED.
- Acceso e impuestos sobre asignaciones de cartera de renta variable y deuda.
- Acceso e impuestos sobre seguros.
- Acceso e impuestos sobre crédito comercial.

d. Restricciones macroeconómicas

- Capacidad para usar prestamistas de última instancia.
- Capacidad para participar en reuniones regulatorias internacionales.
- Participación en renegociaciones soberanas.
- Participación en tratados bilaterales y multilaterales.